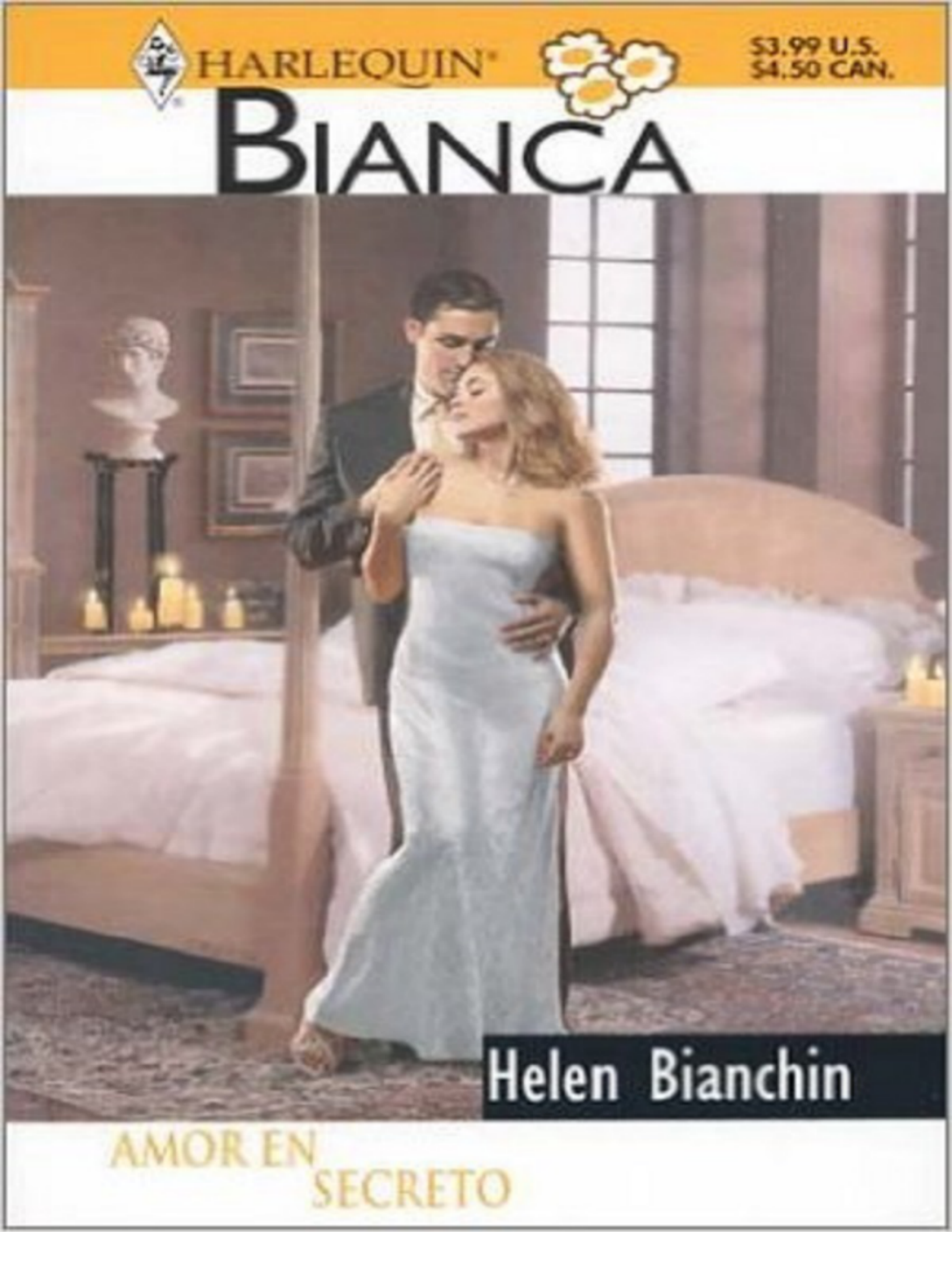

HARLEQUIN
$3.99 U.S.
$4.50 CAN.
BIANCA
Helen Bianchin
AMOR EN
SECRETO

AMOR EN SECRETO

HELEN BIANCHIN

(TÍTULO ORIGINAL: A PASIONATE SURRENDER)

Resumen

¡Seducida por su marido!
Ana siempre había tenido la esperanza de que su matrimonio de conveniencia con Luc Dimitriades acabara convirtiéndose en algo de verdad. Sin embargo, un año después de haber intercambiado los votos, él parecía seguir rendido a los encantos de su antigua amante... Con la cabeza bien alta, Ana admitió que lo único que podía hacer era marcharse. Luc no estaba dispuesto a permitir que su esposa se alejara de él. De hecho, parecía dispuesto a chantajearla para que regresara a su cama. Ana intentó resistirse a aquellas técnicas de persuasión, pero Luc todavía guardaba un as en la manga: él sabía que Ana llevaba dentro un hijo suyo...

CAPÍTULO I

Luc Dimitriades no pudo dejar de rezongar al leer el informe detallado sobre lo que su esposa hizo en los últimos nueve días.

La mayoría de los movimientos de ella estaba dentro de la rutina, pero uno de ellos le llamó mucho la atención.

Sin pensar dos veces, tomó el celular e hizo la llamada.

—Llame a Marc Andreas —ordenó a la recepcionista, sin mayores explicaciones.

—El doctor está atendiendo un paciente en este momento.

—Es urgente —Luc dijo con firmeza, sin identificarse. — Llámelo y él atenderá.

Así era un ejecutivo acostumbrado apenas a ser obedecido. Se permitía cierto abuso de poder, por lo menos cuando estaba muy ansioso.

Con el médico, Luc consiguió la confirmación oficial y tomó el teléfono interno de su oficina. Pasó instrucciones claras y objetivas, queriendo colocar en ese mismo instante su plan en acción.

Casi no cabía en si cuando se le

vantó y caminó en dirección a la ventana, con la esperanza que la bella vista que tenía allí lo calmase un poco.

Había un diseño moderno en los edificios comerciales que lo rodeaban, mezclando concreto, acero, vidrio en una enorme variedad de formas y tamaños. Entre ellos, las pocas mansiones que insistían en mantenerse firmes en su magnitud, esculpidas en las rocas, rodeadas por brillantes áreas verdes. Y, por fin, el mar, en su indescriptible tono azul.

Pero la realidad era que nada de aquello le importaba, en aquel momento. Estaba preso en sus pensamientos.

Luc se casara temprano, a los 20 años, con una novia de infancia. La unión duró muy poco. La muerte trágica de su mujer, en un accidente, ocurrió pocos meses después del enlace.

Desde entonces, Luc se zambulló en el trabajo, pasando todo el tiempo disponible en la oficina, construyendo una carrera de éxito, con competencia y persistencia.

Casarse de nuevo era algo que ni siquiera se le ocurría. Amara tanto, y perdiera tanto. No soportaría que aquello volviese a pasar. En aquellos últimos diez años, tuvo apenas algunas aventuras pasajeras... Sin compromisos, sin promesas vacías. Hasta la llegada de Ana.

Ella era hija de uno de sus subordinados, y se convirtiera de a poco una gran compañera de su madrastra, solitaria desde la muerte de su marido. Planeaban paseos y viajes, y Ana parecía divertirse con ella.

Era una joven atractiva e inteligente, que poseía un delicioso sentido del humor. Y más: no estaba interesada en él, en su estatus ó

su riqueza. En honor a la verdad, lo ignoró... Hasta que Luc comenzó a aproximarse a ella.

Estuvieron de novios algunos meses, se conocieron en la cama. Y, por primera vez desde el fallecimiento de Emma, Luc tuvo conciencia de que también era mortal y que estaba desperdiciando, sin percibirlo, su existencia.

Sintió renacer dentro de si el deseo de tener una compañera, y tener hijos con ella, planear el futuro...

¿Y quién mejor que Ana para ser su mujer? A Luc ella le importaba, podía darle una posición envidiable. Y sin duda Ana era más que adecuada, en todos los sentidos.

El matrimonio fue celebrado sólo entre los familiares más próximos, seguido por una luna de miel en Hawai. Después de eso, entraron con facilidad en la rutina diaria, siempre juntos.

Todo iba sobre ruedas por un año, hasta la reaparición de Celine Moore, una antigua pareja, que, después que se divorciara, parecía decidida a causarle un dolor de cabeza.

Luc apretó los dientes al recordar las varias trampas de Celine para forzarlo a estar con ella. Él siempre las trató como incidentes casuales, y, con su innegable diplomacia, hacía que se agotasen en si mismas.

Pero Celine, por alguna razón, se rehusaba a desistir, y acabó volviéndose un problema para Ana, difícil de ser controlado.

Dos semanas antes, Luc y Ana tuvieron una gran discusión en el desayuno. ¡Cual no fue la sorpresa al notar, cuando volvió a la noche a casa, que Ana había hecho las maletas y partido en un vuelo para Golden Coast!

Dejó una nota, en la cual decía apenas que precisaba algunos días para pensar.

Pero “algunos días” se convirtieron en nueve. Los mensajes que dejaba en su celular no eran retribuidos.

El padre de ella, cuando fue confrontado, juraba que su hija tampoco respondía a sus recados. Y él tendría varias razones para no mentir.

Rebekah, la hermana más joven y socia de ella en los negocios, también negaba poseer cualquier información sobre el paradero de Ana, a no ser el hecho de que, cuando partiera, hizo reservas en un resort de Golden Coast.

Luc no titubeó en contratar un detective privado. Todo lo que el profesional le relatara por teléfono estaba en aquel momento registrado en un informe detallado, encima de su escritorio.

Los movimientos de Ana sólo confirmaban las sospechas de Luc. Ella alquilara un apartamento y consiguió un empleo, lo que indicaba que pretendía permanecer allí más que apenas algunos días para pensar

No obstante, él podía lidiar con aquello. Sólo que no sabía como hacerlo.

Era apenas eso lo que ocupaba su mente en los últimos días. Luchaba contra el deseo de ir hasta ella, ponerla bajo su brazo y traerla de vuelta.

Debería haber hecho algo en el segundo ó tercer día, se recriminó, con rabia, en vez de darle distancia y oportunidad, imaginando que iba a volver corriendo, diciendo cuanto lo precisaba.

Y lo peor era que Ana hizo lo posible para no dejar rastros. Claro que sin éxito.

Pero seguramente Ana sabía que su marido no estaría de acuerdo con una separación tan larga.

El teléfono en su escritorio sonó. El piloto ya había sido llamado, y su auto lo esperaba. Era así: pagaba bien y exigía eficiencia.

Una hora después, Luc se encontraba a bordo de su jet privado, pronto para despegar.

Ana cortó los gajos delicados en varios tamaños, los amarró y, con toda su experiencia, diseñó un buqué armonioso.

Era su tercer día como asistente de una de las mejores florerías de Main Beach. Entrara en la tienda apenas en busca de jarrones para la decoración de su nuevo apartamento, pero el ambiente familiar la cautivó, y resolvió preguntar, en un tono de broma, si no estaban precisando una asistente. Cuando habló de su experiencia como florista en una de las tiendas más renombradas de Sydney, el propietario no titubeó.

Conseguir aquel empleo fue como estar en el lugar correcto, en la hora apropiada.

La suerte le tendió la mano, ayudándola a alejarse de su conflictivo matrimonio en Sydney.

Una pequeña sonrisa se esbozó en sus labios, al tomar su cartera y salir a la calle, dispuesta a almorzar. Era un bonito día de verano, el sol no estaba tan caliente y había una brisa suave que venía del océano.

Se sentó, como en los últimos días, en uno de los muchos cafés que se alineaban en Tedder Avenue. La semejanza con algunos de los cafés de Sydney no le pasó desapercibida.

Era hasta fácil readaptarse a la ciudad en que nació. Pero no era tan simple olvidar al hombre con el cual se casara.

Luc Dimitriades tenía todo lo que necesario para poner patas arriba la cabeza de una mujer. Un encanto sofisticado, un aura de poder a su alrededor, un físico estupendo... El resultado era devastador.

Los padres de él eran griegos, pero Luc nació en Australia. Ya en la facultad, comenzó a trabajar en el mercado financiero y, por su propia

competencia, luego se volvió conocido y disputado para asumir cargos de dirigencia y liderazgo.

Agregando las posesiones de sus padres a un astuto genio, pasó a figurar entre los hombres más ricos del mundo.

Ana necesitó solo una mirada para sentirse irremediablemente atraída por él. No podía negar que había entre los dos una química sexual potente, electrizante.

Para ser franca, había más que eso. Mucho más.

Luc la afectaba como ningún otro lo consiguió, y ella se enamoró profundamente de él.

Y fue por esa razón que aceptó su propuesta de casamiento, y se convenció a si misma que sería suficiente si él jurase que se encargaría de ella y que le sería fiel. Creía que con la convivencia el afecto de él podría transformarse en amor.

En el primer año de unión, se consideraba incluso feliz.

Tenía un marido atento, adquirieron una rutina placentera, ¡y el sexo entre ellos era sensacional!

Hasta que Celine entrara en escena, cazadora, deseando sin ningún pudor a Luc como su presa.

Era impresionante como era hábil en minar la confianza que Ana tenía en si misma y en su marido. Parecía vivir para maquinar artimañas para atormentarla.

Bastaba que Luc llegase tarde después de una reunión de negocios, para que insinuase que habían estado juntos. Creaba ocasiones para provocar a Ana y soltar sus afiladas garras. Claro, en momentos en los cuales Luc no estaba cerca.

Dudas y sospechas, aliadas a la rabia y los celos, fueron poco a poco instigados por ella durante semanas.

Aún en aquel momento, acordarse de la figura de aquella mujer hacía que Ana apretase los dientes de odio.

Luc siempre negó cualquier relación amorosa con Celine, pero el humo implica fuego. Y la infidelidad era algo que ella no podía soportar.

Discutieron, duras palabras fueron dichas. Sería imposible continuar de aquella manera. Si no había confianza, no podía haber matrimonio.

Así, Ana hizo algunas llamadas, arregló una maleta y se embarcara en el siguiente vuelo para Golden Coast.

Además de la nota, dejó una grabación en el contestador automático de su marido.

Pero lógico que Luc no se contentaría apenas con aquello.

—¿Ana?

La voz tan familiar traía una emoción profunda y un tono de cinismo mordaz. Su sexto sentido no funcionara para avisarle de la

presencia de él.

Ana levantó la cabeza lentamente, y se deparó con la mirada de su marido.

Pero no pudo encararlo. Se sentía vulnerable, expuesta, carente..., y no quería darle voz a esos sentimientos. No en aquel instante, cuando tenía que trabajar con la cabeza, y no con el corazón.

Entre tanto, bastó un vistazo, algunos segundos en su presencia, para que sus emociones contenidas quisieran presentarse todas al mismo tiempo.

¿Cómo era posible amar y odiar alguien en la misma medida? Podía enumerar varios motivos por los cuales debía sentirse lastimada, deseando solamente herir, del mismo modo que fue herida.

¿Por qué entonces el deseo tan fuerte de anidarse en sus brazos, de sentir el roce de su boca?

Se forzó a dirigirle una mirada seca, analítica.

Luc vestía un traje completo, camisa de lino azul oscura y una corbata de seda impecable, que creaban a su alrededor un aire invencible difícil de traspasar. Los cabellos negros y sedosos parecían un poco más largos de lo habitual.

Luego, Ana ya se fijaba en los trazos marcantes de su rostro y en los ojos negros, penetrantes, y en sus labios, que la hacían desfallecer de deseo.

Podía sentir el torrente de ira detrás del aparente control de él.

—¿Te importa si me siento?

—¿Y si me importara?

Luc apenas esbozó una sonrisita, como si pudiese leer sus sentimientos. Se sentó frente a ella, pidió café a una mesera, y volvió a mirar a su mujer.

Ana parecía pálida. Con certeza perdió algunos kilos de su estructura ya delicada. Las ojeras debajo de sus ojos indicaban que no estaba durmiendo bien, su expresión sombría mostraba fadiga. Al contrario de su estilo atractivo, sus cabellos rubios sedosos estaban presos en una cola de caballo.

La apreciación silenciosa de él le pareció insoportable.

—¿Qué quieres aquí, Luc?

La expresión de él era neutra, pero ella sabía que allí había un depredador, pronto a atacar a su presa. Luc iba a atacar. La cuestión era saber cuando.

—Come —Luc la incitó, tranquilo.

Ana se enojó aún más.

—Perdí el apetito.

—Pide alguna otra cosa.

Ella mal podía resistir la tentación de tirarle cualquier cosa en aquel rostro arrogante.

—¿Puedo saber como descubriste donde estaba?

—Creí que ya sabías la respuesta.

—Contrataste un detective —concluyó, hablando un poco más alto. — Y él me siguió.

—¿Juras que no sabías que haría eso?

Luc la estuvo cazando en los últimos días. Invadió su sueño, perturbó sus nervios.

La mesera trajo el café, y él pidió la cuenta.

—Pago mi propia comida.

—No seas ridícula.

—¿Qué quieres, Luc? Sugiero que lo digas de una vez, porque tengo que volver al trabajo en diez minutos.

—No tienes que volver, no.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya no tienes ningún empleo, y el contrato de tu apartamento ya fue cancelado.

Ana sintió el calor desparramarse por sus mejillas. ¡Estaba fuera de si!

—No tienes derecho...

—Lo tengo.

¿Cómo podía estar tan seguro? ¡Tan tranquilo!

¿Y cómo controlar el deseo de saltarle a la yugular?

—No, ¡tú no lo tienes!

—Podemos continuar esta discusión boba, pero el resultado será el mismo.

—Si piensa que voy a dejar todo, sumisa y prudente, y volver contigo a Sydney, estás loco.

—Esta tarde, de noche, de aquí a dos días... pero pronto. —la miró directo a los ojos.

Su primera reacción fue levantarse pero la fuerte mano en su brazo le impidió dar un sólo paso. Sin contenerse, Ana le tiró el azucarero, observando, estupefacta, el modo como él consiguió atraparlo en el aire, sin tirar ni un grano de azúcar, y colocarlo de regreso en su lugar.

—¡Quiero el divorcio!

¡Dios del cielo! ¡¿De dónde salió esa afirmación?! Hasta ese segundo, no consiguió siquiera considerar esa opción, en sus largas noches mal dormidas desde que dejara Sydney.

—El divorcio no es una posibilidad.

Luc no perdía el auto control, y la hacía sentirse como atrapada en una trampa.

El silencio ganaba cuerpo entre ellos y la ponía más y más nerviosa.

Ana no consiguió hacer nada cuando él aumentó la presión en su brazo, para forzarla a sentarse.

—¿No tienes algo que decirme?

No hubo tiempo. Luc captó la ansiedad en su semblante antes que Ana consiguiese ocultarla.

—¡Sal de aquí y déjame en paz!

—Inténtalo de nuevo, querida.

Él no podría saberlo. ¿Ó si? La sangre parecía abandonarla. En las últimas semanas, ya se acostumbrara a planear entre la alegría y la desesperación.

—Voy a facilitarte las cosas... Estás esperando a mi hijo.

—¡Un hijo que también es mío, Luc!

—Por lo tanto, nuestro. —su tono cortante hizo que Ana se erizara. — ¡Me rehúso a ser un simple padre de fin de semana!

—¿Fue por eso que viniste tras de mí? ¿Porque de repente tengo algo que quieres?

La mirada de ella se volvió sombría. Toda la rabia y el dolor que sentía amenazaban aflorar a la superficie. Se esforzaba por contener las lágrimas. Por la criatura que concibiera y por si misma. Por querer el amor de un hombre que difícilmente llegaría a amarla.

—Prefiero criarlo sola a vivir con él en una casa en la cual el padre divide su tiempo entre su esposa y su amante. ¿Cómo podré enseñarle valores, moral, integridad, en un ambiente así?

—¿Amante? —su entonación continuaba calma.

Demasiada calma, ella observó, y un le escalofrío recorrió la espina.

—¿Me estás acusando de tener una aventura, Ana?

—Con Celine.

—Sabes que tuve una breve relación con ella, hace tres, cuatro años.

—Por lo que esa mujer dice, esa “relación” continúa siendo bastante actual.

Por primera vez Ana pudo ver alguna emoción en su marido.

—Ana, ¿por qué precisaría una amante si te tengo a ti?

Había en aquella afirmación una sinceridad que acabó por ablandarla por un instante. Recordó en ese mismo instante el amor que compartían en la cama, el placer que sentía junto a él y que siempre le pareció recíproco. Pero el dolor habló más alto.

—Tal vez porque eres insaciable y una mujer no es suficiente. Ó porque... ¡Maldición! ¡No soy yo quien debe responder eso!

Luc asumió una expresión severa, una máscara implacable.

—No me fuerces a decir cosas de las cuales me puedo arrepentir.

—Vuelve a Sydney, Luc. —las palabras salían de su boca sin que

las pudiese contener. — No hay nada que pueda hacer ó decir que me convenza a irme contigo.

—¿Nada?

Ana registró la sutil amenaza. Sabía que él tenía un as bajo la manga, y que no dudaría en usarlo.

—La coacción es un crimen.

—Cometer fraudes también. —Luc hizo una pausa, estudiando con cuidado las facciones de ella.

Tenía que comprobar si Ana tenía algún conocimiento de los débitos ilícitos realizados por William Stanford en los seis meses anteriores.

—No entendí.

Luc eligió con cuidado sus palabras, procurando sentir todo el impacto que causaban.

—Los auditores de nuestro banco descubrieron una serie de discrepancias en los cálculos internos.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso?

Ana parecía evidentemente muy confundida.

—De forma indirecta, tienes mucho que ver, querida.

Hasta un tonto podría comprender adonde él quería llegar.

—¿Estás queriendo decir que crees que mi padre está involucrado? —a Ana le costaba creerlo. — No puedes estar hablando en serio.

Luc sacó un sobre del bolsillo y se lo extendió.

—Una copia del informe de los auditores.

Ana titubeó, pero leyó el documento. Era concluyente, listaba cada una de las operaciones ilegales que habían sido realizadas y las detallaba.

Se sintió congelar. Fraude, robo... Eran lo mismo, crímenes plausibles de castigo.

Luc observó su expresión cargada de emoción, y tuvo la confirmación que Ana no sabía nada hasta que él se lo contó.

—Fueron operaciones ingeniosas —afirmó, con cinismo. Para ser sincero, no sabía lo que lo irritaba más: si la pérdida de confianza en uno de sus mejores ejecutivos ó el hecho que William Stanford pensara que sus relaciones familiares lo librarían de un proceso.

—¿Desde cuando sabes esto? —Ana indagó, casi sin querer oír la respuesta, temerosa de que sus recelos pudiesen ser reales.

—Hace nueve días.

Ella escribió aquella carta y dejó su casa hacía exactamente nueve días. “¡Oh, Dios!” ¿Será que él imaginara que esa fue la razón de su partida?

—¿Qué quieres, Luc?

—Nada de divorcio. Quiero a nuestro bebé. —esperó un momento. — Y a mi mujer en mi hogar... a mi lado.

—¡No me molestes!

Luc levantó una de sus cejas, con un aire juguetón.

—Contente, querida.

Ana se ruborizó y dijo, llena de furia:

—¿Crees que puedes imponer las condiciones que quieras y que me voy a someter con docilidad?

—¿"Con docilidad"? Nunca...

¡Y encima tenía el tupé de bromear!

—Bueno, ¡voy a explicarle a mi jefe y al dueño del apartamento que tú eres un sujeto arrogante y presuncioso que no tienes ningún derecho sobre mí!

—Y tu padre irá directo a la cárcel.

Ana quedó estacada en suelo y lo encaró de una manera que haría estremecer a cualquier otro hombre.

—¿Y encima piensas que eres tú quien hace las reglas?

—Puedo hacerlas.

—Y seré obligada a continuar casada contigo para que no proceses a mi padre...

No había la menor duda que Luc encaraba el asunto como cualquier otra propuesta de negocios. Bueno, ella actuaría de la misma forma.

—¿Y la restitución del dinero?

—Me encargaré de eso.

—¿Y su empleo?

—Ya fue despedido.

Dependiendo de la decisión de Luc, William nunca más conseguiría una colocación en Sydney. Y, lo que era muy probable, en ningún otro lugar del país.

—Voy a pensar sobre lo que me dices. —Ana intentaba mantener bajo control la ansiedad que amenazaba dominarla.

—Tienes una hora.

Ella cerró los párpados unos instantes, conteniendo la respiración.

—¿Eres siempre tan diabólico cuando se trata de finanzas?

Una pregunta estúpida, ella notó enseguida. Fue justo la determinación en sus acciones lo que hiciera a Luc ganarse la reputación de uno de los más temidos negociantes de la ciudad.

Se pusieron a caminar por la calle, callados. Cuando llegaron a la florería, Ana se volvió hacia su marido, procurando ocultar la rabia que pugnaba por revelarse en su mirar.

—Hay algunas condiciones, Luc.

—No estás en posición de imponer nada, querida.

¿Será que él imaginaba cuanto la lastimaba? Solo con verlo hacía que Ana sintiese un dolor casi físico. Pensaba en los planes y sueños que tuvo y los veía despedazados, uno a uno.

Resolvió continuar con toda la frialdad que consiguió reunir:

—Quiero tu palabra que jamás intentarás alejar a mi hijo de mi lado.

Ana sintió que los labios de él se movían, con mucha sutileza, con una emoción que ella no conseguiría definir.

—La tienes.

—Exijo también tu fidelidad.

—Te he sido fiel desde que te conocí.

Ella lo estudió varios minutos.

—No en lo que se refiere a Celine.

—Si prefieres creerle a ella... —Luc se dio de hombros, con un cinismo que sería mejor ignorar.

—Y otra cosa más.

Era imposible descifrar la expresión de él, y Ana resolvió no intentar.

—Quiero todo eso por escrito, antes que te dé mi respuesta.

Llegó a su límite de control, por eso le dio la espalda y entró en la florería.

—No te estaba esperando ya. —Stiff sonrió, amigable, pero con formalidad, y Ana una vez más recriminó la interferencia de Luc.

—Soy la única responsable de mis decisiones, Stiff —le aseguró a su jefe.

—Él no me parece del tipo que acepta un no sin pelear.

—¿Puedes esperar hasta la tarde para definir todo?

—Ya coloqué un anuncio en la agencia de empleos. Bueno, ¿por qué te engañas? Volverás a Sydney con él, ¿no Ana?

—Creo que si —fue forzada a admitir, antes de guardar la cartera en el estante y dar inicio a sus quehaceres.

Concentración era la llave que precisaba, pero era imposible mantenerla, visto que estaba ocupada formulando planes de encontrar un lugar donde Luc no pudiese encontrarla.

Él armó su telaraña, y ella se veía atrapada y sin salida.

Pero aquel juego apenas había comenzado. Y Ana pretendía salir muy bien parada, esa vez.

CAPÍTULO II

Ana sabía que Luc no tendría problema alguno para preparar los papeles que le exigiera en tiempo record. Con sus contactos y su influencia, ya debían hasta estar prontos.

La tienda estaba llena, con muchos pedidos atendidos por teléfono, muchas personas entrando para escoger sus regalos. Pequeños floreros, cestos, buqués para una visita a un hospital, rosas para novias. Las opciones eran diversas y variadas.

Ana preparaba un bello arreglo con juta y papel celofán, cuando el timbre de la puerta sonó por vigésima vez. Irguió su mirar para recibir al cliente y se deparó con Luc, que observaba sus gestos.

Sabía muy bien lo que quería, no tenía la menor duda. La fuerza de su personalidad la amedrentaba. Por un instante, Ana interrumpió el movimiento de sus manos y se quedó con la mirada presa a la de él. Enseguida, bajó la cabeza, mirando el spray dorado que utilizara momentos antes, en realidad sin nada en mente.

En un impulso, consiguió dar los toques finales al buqué, arreglando los últimos lazos y prendiendo la tarjeta. Cuando lo colocó en la mesa de entregas, oyó la voz de Luc:

—¿Estás pronta?

Él hablaba con suavidad, pareciendo prestar atención a una mecha rubia, que volvía a soltarse de su cola de caballo.

Ana intentó encararlo con frialdad.

—Salgo a las seis de la tarde.

El clima de la sala cambió de repente. Se podía casi palpar la tensión en la atmósfera.

Los ojos de él se estrecharon en un brillo amenazador.

—Te puedes esforzar un poco más.

—La tienda está llena. —consultando el reloj, completó: — Estoy segura que puede aguardar algunas horas.

Claro que él podría. Entre tanto, no parecía inclinado a someterse a la evidente manipulación de Ana.

—Una hora. —Luc le dio la espalda y se fue.

Ni bien pasó el vano de la puerta, la mujer de Stiff, que oyó la conversación, se dirigió a Ana:

—¿Estás loca?

—Creo que si... —Ana concordó, procurando parecer controlada.

—Valiente, también. Admiro eso en una mujer.

Ana era una tonta si creía que podía vencer a Luc. ¡Pero el hecho de que él creyera que tenía el derecho de dictar los términos y que ella los aceptaría sin discusión la dejaba enloquecida! ¡¿Cómo podía ser tan prepotente?!

—Es una pena perderte, querida. Estábamos comenzando a

conocernos.

—Tal vez vuelva en breve. —Ana sonrió, con buen humor.

La señora le ofreció una larga sonrisa.

—Dudo que el muchacho la deje alejarse de nuevo. Si quisieras, puedes irte, yo consigo encargarme del resto. —con las pupilas brillando con malicia, completó: — No estoy en contra una buena provocación.

¿Estaría sugiriendo que Ana no estuviese allí cuando Luc volviera?

—Eres una malvada...

—Buena suerte, angelito. Si apareces de nuevo por estos lados, no dejes de llamarme.

Le llevó cinco minutos a Ana llegar al apartamento y correr a la heladera en busca de agua helada. En treinta segundos, ya estaba desnuda y debajo de la ducha.

Se sentía tan agitada que terminó deprisa el baño, se vistió apenas con un jeans y un top, y amarró el cabello mojado en un recogido en lo alto de su cabeza.

Debería comenzar a arreglar sus cosas en la maleta, pero su rebeldía hablaba más alto. Además, ¿cuánto demoraría para colocar la poca ropa que había traído en una maleta?

Eran las cinco cuando el timbre sonó, y Ana se congeló. Sólo podía ser Luc, nadie más tenía su dirección.

Resolvió respirar hondo y atravesó la sala. A través de la mirilla pudo ver quién era. El hombre que conocía con tanta intimidad, y que en aquel momento le parecía tan amenazante.

Luc estaba sin el saco, que traía colgado sobre un hombro. Tampoco usaba corbata, los primeros botones de la camisa se encontraban desabotonados, las mangas enrolladas hasta el codo. El conjunto le daba un aire relajado, casual, que combinaba bien con la expresión enigmática en su semblante.

Fue difícil para Ana enfrentar su mirada buscando demostrar desprecio, ignorando los locos latidos de su corazón.

—Me rehúso a ser tratada como una niña que huyó de casa y está presta a ser arrastrada de vuelta por sus padres.

—¿Qué pasó con "Hola, Luc, siéntate"?

Ana suspiró.

—Ah, claro, la cortesía...

Luc arqueó una ceja, divertido.

—¿Debemos comenzar de nuevo?

—No en esta vida.

Él dejó que su mirada pasease por las bellas curvas del cuerpo de Ana, hasta encontrar los ojos verdes, exhalando sensualidad.

—Por lo que me acuerdo, mi relación contigo no podría ser

descripta como paternal.

Una nueva ola de resentimiento se apoderó de ella.

—Tú dictas las reglas, me sacas la libertad de elección...

—Te estoy dando una opción, eso si, querida.

—¡Ah, sin duda! Pero con apenas una respuesta.

Luc dio un paso para dentro y golpeó la puerta.

—¿Esperabas de verdad que fuera diferente?

—No, ya que tu interés es por el bebé.

Sin refutar, Luc sacó un sobre del bolsillo y se lo extendió.

—Aquí está el contrato que pediste.

Había un vislumbre de resentimiento en su rostro, que no le pasó desapercibido a Ana. Procuró concentrarse en las páginas impresas en su mano. Varias cláusulas, previendo cada eventualidad..., y entonces, el espacio en blanco.

—¿Esperas que firme también?

—La idea de legalizar las cosas fue tuya, ¿recuerdas?

Él estaba en lo cierto. Pero parecía haber algo equivocado en colocar su firma al lado de la de él.

Luc tomó el documento de su mano extendida y volvió a guardarlo en el bolsillo.

—¿Quieres pedir algo ó comer fuera?

—¿Comer? Creí que tenías prisa en volver... —Ana se interrumpió, sin querer decir “a casa”. — ... a Sydney.

—Precisas alimentarte, mi querida.

—¡Oh, tu preocupación es conmovedora!

—No juegues conmigo.

Ana se quedó observándolo por un instante, pensativa. Luc tenía un sex appeal innato, parecía emanar poder, fuerza.

¿Cómo podía ser tan guapo, tan atractivo?

En los últimos nueve días sólo su imagen poblara su mente. Era una tortura recordar sus formas fuertes, el modo como se movía contra la piel de ella cuando hacían el amor... Era mucho más que sexo. Siempre lo fue.

En sus brazos, toda racionalidad se pedía. Se transformaba en una mujer ardiente, atrevida, ávida por dar y recibir placer.

Sabía que su amor no era correspondido, pero podía soportar ese hecho. Podía hasta mismo compartirlo con los recuerdos de Emma, su primera esposa.

Pero todo eso sólo mientras creía que el afecto de él con el tiempo pudiese tornarse más profundo, más significativo.

No podía compartirlo con una mujer de carne y hueso. Aquello era insustentable.

Sin embargo, estaba el bebé...

¡Ana quería tanto que su casamiento sobreviviese! ¿Cómo podría

ser eso posible, con todo, sin honestidad, confianza?

¿Sería la palabra de Luc, verbal, y no aquella del contrato, suficiente?

Palabras eran una expresión de intenciones, no de sentimientos.

—¿Estás pronta? —Luc quebró a propósito el flujo de sus conjeturas, trayéndola de vuelta al presente.

—No. —Ana empinó el mentón.

Mientras viviese, ya no estaría “pronta” para él. Luc armó aquella trampa, pero ya no tendría el derecho de saber que esperar de ella.

Él la encaró, desconfiado.

—¿Cuánto tiempo te lleva arreglar tus cosas?

Ana trajo poca ropa consigo, y los pequeños enseres que adquiriera no tendían lugar en la elegante mansión de Luc.

—Puedo estar pronta en quince minutos.

Ella también podía ser fría. Por lo menos en aquel momento. Sin más nada que decir, atravesó el cuarto, abrió la maleta vacía en el piso y comenzó a arreglarla.

Percibió que Luc se dirigía a la cocina. Abrió la heladera para tomar agua. Enseguida, llamó a su piloto pasándole los detalles del vuelo.

No había, en opinión de él, porqué atrasar lo inevitable.

“No mires atrás”, Ana se ordenó a si misma, al caminar hacia el auto de Luc.

La primera parada fue en un restaurante de uno de los hoteles próximos, ya que él mantenía su posición que Ana precisaba alimentarse.

Ella casi no consiguió probar la comida.

—¿No tienes hambre?

Ana lo encaró.

—No.

Si Luc sugiriese que debía comer más, ella no tendría dudas en tirar el plato, y todo lo que restaba en la mesa, directo sobre su cara.

Sin embargo, Luc ofreció, gentil:

—Tal vez algunas frutas…

Aunque él esperase por una respuesta, Ana no se la dio.

El pedido fue hecho al mozo. En realidad, las frutas frescas y heladas le parecieron tan invitantes que Ana consiguió probarlas.

No podía dejar de mirar las manos de él. No sólo para su diseño tan masculino, sino por la textura de la piel y por la fuerza que sabía poseían.

Luc tenía la habilidad de hacer que nada en el mundo importase cuando la tocaba con sus largos dedos.

¿Cómo podía su corazón acelerarse ante el mero recuerdo?

Química sexual. No había otra conclusión. Vigorosa, letal.

Media hora después, llegaban a la pista, prontos para embarcar en el lujoso jet que los llevaría de vuelta a Sydney.

Con suavidad, el avión alzó vuelo como un gran pájaro por el cielo, y Ana cerró los ojos, sin ninguna disposición para conversar con su marido.

Sus ideas eran confusas y llenas de ansiedad. Su padre, Rebekah, la tienda de flores... Y lo peor, Celine Moore, su peor enemiga.

¿Quién ganaría? ¿La esposa ó la amante?

Ausentarse por más de una semana no resolvía nada.

Los problemas la esperaban, tal vez agravados.

CAPÍTULO III

—Buenas noches, sra. Dimitriades.

Ana respondió al saludo sonriendo a Petros, que le abría la puerta del auto. Luc ya había dado la vuelta por el otro lado, y se preparaba para sentarse al lado de ella.

A aquella hora de la noche, las calles estarían libres, y no demorarían en llegar a Vaucluse, pensó, recostándose en el cómodo asiento y observando los alrededores a través de la ventana.

Luces brillantes, los letreros luminosos de neón... La gran ciudad casi enmudecida por el horario. Aquel era su hogar. El lugar donde nació y creció, tan familiar.

Buscó un asunto seguro para conversar con Luc, pero, ¿para qué fingir? No tenía el menor deseo de dirigirle la palabra.

Vaucluse era un barrio elegante, con una linda vista del puerto, y la mansión de Luc era muy bien localizada y segura. Toda construida en líneas firmes y cuadradas, tenía un aire imponente. El toque de suavidad quedaba a cargo de los extensos jardines, con espécimen variadas de flores y follaje, que Petros cuidaba con tanto cariño.

Ana se sintió muy tensa cuando el portón electrónico se abrió. El vehículo se detuvo, y ella sin demora abrió la puerta y salió, percibiendo la mirada frustrada de Petros, que se preparaba para ayudarla.

Fue obligada a esperar que Luc desactivase el sistema de seguridad y destrabase la puerta doble de la entrada. Entraron lado a lado, y Ana pudo volver a ver el hall tan bien decorado con sus cuadros y estatuas, obras de arte carísimas que hacían tan bien a la vista.

El piso de mármol claro, que combinaba tonalidades pastel, se extendía al refinado comedor, más utilizado en ocasiones formales. Del lado opuesto, se veían varias salas en desnivel, pequeñas y más acogedoras. Pero lo que más causaba impresión en ese piso era la escalera de mármol suntuosa que llevaba a los cuatro dormitorios superiores y las salas de estar privadas.

—Traeré refrescos. —y Petros siguió en dirección a la cocina.

—Para mí, no. —Ana procuró suavizar su rechazo con una sonrisa suave, dirigiéndose enseguida a la escalinata.

No quería continuar allí ni un instante más.

Luc siguió sus pasos, y ni bien terminaron de subir ella se volvió para encararlo.

—Iré a otro cuarto.

—No.

—¡¿Cómo?!

—Creí que mis respuestas eran claras.

—¡No quiero dormir contigo!

—Tal vez no esta noche. —Luc notó el relámpago de dolor en los ojos verdes, visible apenas por un instante.

—¡Ni esta noche, ni nunca más!

—¿Estás tan decidida, Ana?

Ella sintió la sangre subir de nuevo a su rostro. Quería gritar, zamarrearlo, hacer cualquier cosa que demostrase la ira que sentía. ¿Cómo Luc podía sentirse tan poderoso? ¿Y cómo podía ella ser tan inútil para lidiar con su marido?

Estaba presa en una red. Presa a Luc, por el bebé que llevaba en su vientre. Presa a él por la lealtad que tenía en relación a su familia.

Sosteniendo la maleta, Luc se adelantó, y Ana se quedó observándolo entrar en la suite principal, de donde volvió segundos después con las manos vacías.

—¡Déjame en paz, Luc!

Él paró cerca de ella y tomó su mentón, forzándola a mirar directo a sus ojos.

—Cuidado, pedhaki mou. ¡Puedo sentirme tentado de hacer cosas que ni imaginas!

El enojo de Ana creció delante de la tranquilidad con que él la amenazaba, y sus labios temblaron levemente al sentir la proximidad de los dedos de él, que recorrían su mejilla.

—No me asusto con tanta facilidad.

—Una de tus admirables cualidades. —y Luc la dejó, volviendo a la escalera.

Él iría, Ana sabía, a chequear con Petros si había algún recado, verificar sus e-mails, hacer llamadas y lidiar con los documentos impostergables, lo que podría llevar una hora, ó más.

Eso le daría tiempo para...

¿Hacer qué? ¿Arreglarse?, Ana pensó con ironía, entrando en la suite y caminando algunos pasos más.

Nada cambiara. Pero, ¿se habría ella aferrado a esa ilusión?

La cama enorme, hecha en madera oscura tallada, ya se encontraba preparada con las finas sábanas de lino, bordadas con exclusividad para la pareja. Ocupaba un lugar de destaque en el cuarto, que también poseía otros ambientes. El sofá de tapizado suave, adornado con almohadones, formaba parte de uno de ellos, además era el preferido de Ana. Acogedor, hecho para el placer... para placeres sensuales.

Un escalofrío le recorrió la espina. Tensión, ansiedad. Maldijo los recuerdos de lo que viviera con Luc en aquel lugar. Recuerdos vívidos de encuentros electrizantes, donde ni la culpa ni la vergüenza tenían lugar.

¿Cómo podría meterse debajo de las mantas y fingir que nada había pasado?

Tendría que encarar la situación. Pero no aquella noche. Todo lo que quería era sacarse la ropa y dormir. Apagar todos los pensamientos que se mezclaban en su cabeza.

Sabía que tenía que llamar a su padre, a su hermana, avisarles que volviera. No en tanto, no lo consiguió. Todo por lo que pasó en aquel día, el vuelo, el nerviosismo de estar al lado de Luc, combinados a los efectos del propio embarazo, hizo que cayera presa del sueño segundos después de colocar la cabeza en la almohada.

Despertó de a poco, con una sensación agradable... Aún un tanto desorientada sobre donde estaba.

Y entonces todo se fue organizando... Su retorno... Sydney... Luc.

Sus ojos se estrecharon al reconocer la suite, el lecho tan grande y la presencia familiar del hombre acostado a su lado, mirándola.

¿Cómo podía estar allí, cuando la noche anterior...

—Son casi las siete.... —Luc hablaba con indolencia. Ana se quedó analizándolo algunos instantes, el corazón casi dejando de latir.

Entonces él se irguió con facilidad, sentándose.

Ana admiró la belleza de los músculos bien torneados y la piel bronceada.

El pelaje del largo pecho le causaba picazón, tan grande era el deseo de tocarlo. Quería abrazarlo, atraer la boca de su marido junto a la suya.

Pero no hizo nada de eso. Por el contrario, dejó que su ira volviera de nuevo a la superficie y se alejó lo más lejos posible de su marido.

—No tienes derecho...

—Tengo, si. —Luc levantó la mano y, con cariño, alejó una mecha de cabello del rostro de ella.

Ana se puso en pie de un salto, pero, más rápido que ella, Luc la enlazó, impidiendo que se alejase.

—¡Déjame ir!

—No.

Volviéndose contra él, lo golpeó con rabia, mientras Luc la forzaba a acostarse en su regazo.

No era una buena posición, Ana descubrió después. Quedaba demasiado próxima a su marido. Y las órdenes de su cerebro eran muy diferentes de las que dictaban sus sentidos.

Con todo, el terror de sucumbir una vez más era más de lo que podía aguantar, y ella intentó soltarse, conciente que luchar contra Luc sería un ejercicio vano.

—No hagas esto —hizo el pedido, cargado de dolor. — Por favor.

Su tono pareció, al fin, tocarlo. Luc la miró fijo, como examinando su semblante, intentando entender lo que sentía de verdad.

Los ojos de ella eran lo suficientemente profundos para que se zambullera en ellos. Parecían tan vulnerables, las emociones tan a flor

de piel, que lo envolvieron, un nudo se formó en su garganta.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Ana, sin poder ser contenidas ya.

Con extrema delicadeza, Luc las secó con el pulgar, inclinando enseguida la cabeza para besarle la mejilla. En un gesto continuo, su mano descendió un poco para apoyarse en la barriga de ella.

Allí estaba su bebé. Un pequeñito embrión que crecía y ganaba fuerza. Nunca experimentó nada tan fuerte como cuando supo de su existencia.

—Ven a tomar un baño conmigo.

—No, Luc. No.

Él no imaginaba cuanto le costaba aquel rechazo. Pero no podía prestar oídos a su corazón y volver a la relación como si nada hubiese pasado. Luc pensaría que a ella no le importaba ser amenazada, ser forzada a continuar casada, que no le importaba la traición. Y Ana lo odiaría aún más por eso.

Bastaba traer a su mente de nuevo la figura de Celine, para tener la certeza que era necesario que se alejase de él.

Se alejó, sabiendo que sólo logró hacerlo porque él lo permitiera. Se dirigió a la ducha, cerrando la puerta.

Veinte minutos después, habiendo tomado el baño, Ana se sentía mucho mejor.

Petros ya la esperaba con el desayuno preparado: huevos revueltos y café fresco. Podía hasta sentir el delicioso aroma.

—Preparé su té, señora.

—Pero yo prefiero...

—Té. La cafeína no es recomendada durante la gestación.

Ana hizo una mueca.

—Estás muy mandón, ¿no crees? ¿Puedo llevar esto? —Ana sostenía una bandeja. Estaba muriendo de hambre.

—¡Vamos, por favor, sra. Dimitriades! —Petros la miraba, con indignación. — ¡Es evidente que no!

—¿No crees que podrías llamarme Ana? Al final, ¡podría ser tu hija!

Petros se enderezó.

—Usted es la esposa de mi patrón. No podría tratarla de un modo tan familiar.

Ana no consiguió contener una carcajada.

—Pero lo llamas Luc.

—Ya nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—En ese caso, ¿cuánto tendré que esperar hasta que me des el honor de llamarme por mi primer nombre?

—Cinco años —afirmó, solemne, transfiriendo con destreza la

panceta frita al plato, arreglándolos uno a uno al lado de los huevos. — Por lo menos.

Ana dio la batalla por perdida. Tomó la bandeja que Petos acababa de preparar, y se dirigió a la puerta.

El pequeño comedor familiar se localizaba en la parte de atrás de la residencia y tenía una agradable vista a la piscina, recibiendo bastante claridad del sol de la mañana.

—Huevos revueltos a tu disposición…

Luc estaba sentado a la cabecera de la mesa, el periódico del día abierto frente a él, una taza de café por la mitad. Su saco colgado en el respaldo, y encima estaba la corbata. El maletín y el laptop se encontraban en el piso, a su lado.

Levantó la vista al oír la voz de ella, y dijo, divertido:

—¿Cómo conseguiste esto?

—Artimañas femeninas. —y se puso a distribuir los platos en la mesa, colocando también el café, el té y los huevos. Hecho esto, empujó una silla y se sentó.

Se sirvió té, leche, huevos, tostadas… *"'¡Dios!",* pensó, después de probar la comida. *"¡Nadie hace huevos como Petros!"*

—¿Vas a llamar a tu padre y a Rebekah?

—A papá, ni bien termine de comer. Después iré a la tienda.

—No para trabajar.

Había un tono de orden que la erizó.

—Claro que voy para trabajar, Luc.

—No hay necesidad de eso.

—¿Estás hablando tan sólo de hoy?

—No. —parecía que no hubiera nada para aclarar.

—¿Por el embarazo?

—No veo motivo para que estés de pie todo el día, para que te esfuerces tanto.

Ana apoyó el tenedor en el plato, con cuidado, y se alejó un poco.

—Prefieres entonces que me junte a las damas de la alta sociedad, pase la tarde haciendo compras y nadando como un bello cisne en el lago.

—Puedes continuar como socia de la tienda, si quieres, pero deja que Rebekah contrate una funcionaria para ayudarla.

—No.

—No te estoy dando elección.

Ana decidió ignorar los modos autoritarios de su marido.

—No intentes manipularme, Luc. — los iris verdes y brillantes centellaban. — No voy a soportar eso.

—Termina tu café.

—Perdí el apetito. —Ana hizo mención de levantarse. — Tengo

algunas llamadas que hacer.

Luc agarró su brazo, impidiéndole alejarse, dándole la certeza que no ganaría nada con intentar empujarlo.

—Pide a Rebekah que contrate tu sustituta. —aquellos que lo conocían bien no se dejarían engañar por la entonación dulce. Reconocerían detrás de ella al depredador. — Ó lo haré yo.

Él esperó un instante.

—De todas maneras, diminuye al mínimo tu permanencia hoy por allá.

—¡No me hagas enojar!

Luc la encaró con frialdad.

—Es mejor que hagas lo que digo.

Ana resistió el deseo de responder cuando él la soltó. Optó por mantenerse en silencio y siguió rumbo a la terraza, descendiendo enseguida algunos escalones hacia el jardín.

Sólo entonces llamó a William y lo invitó a almorzar. Su padre tenía una reunión de negocios después, y propuso el día siguiente. Parecía disperso, ansioso... ¿Arrepentido?

Ana quería respuestas, quería saber el porqué de un hombre conocido por su honestidad y lealtad haber hecho algo tan lejos de su carácter. Y tendría que escuchar aquello de la boca de él.

Lamentablemente, no sería aquel día. Resolvió conformarse, al caminar de nuevo hacia la mansión.

CAPÍTULO IV

Petros estaba limpiando la mesa cuando Ana entró en el comedor.

—Luc ya se fue a la ciudad, señora.

—Preciso las llaves de mi auto.

El criado continuó colocando la vajilla usada en la bandeja.

—Me parece que no es una buena idea.

Ana le lanzó una mirada irritada.

—Luc está al tanto de mis planes para hoy.

—Pero no concuerda con ellos, ¿no?

—Tengo cosas que hacer, lugares a donde ir.

—A la tienda —Petros concluyó. — Donde va a estar trabajando todo el día.

—Tengo que cuidar de mis negocios —Ana dijo con firmeza.

—Luc va a desaprobarlo.

Ella tomó el dinero y la cartera, alcanzó las llaves del auto y se volvió para partir.

—Quédate tranquilo. Haré que él sepa que me avisaste.

—Yo la llevo.

—Gracias. —Ana sabía del grado de lealtad de Petros a su patrón. — Pero no es necesario.

La tienda quedaba localizada en una galería con varias boutiques de renombre, y tenía una clientela regular.

Rebekah poseía mucho talento en el arte de los arreglos florales, y Ana se encargaba de la administración, la contabilidad, hacía pedidos, atendía a los clientes.

Cintas, tarjetas, arnés y un toque de magia habían hecho que Flores & Buqués fuera muy conocida y renombrada en la ciudad.

Ana inspiró hondo el aroma que llenaba el aire, dulce y embriagante.

—¡Ana! ¡Que bueno verte! ¿Cuándo llegaste?

—Anoche.

Un abrazo tan afectivo hizo que su depresión volviera a apoderarse de ella. Su hermana lo percibió en ese mismo instante.

—Y entonces, ¿qué está pasando?

—¿Cómo así?

—No entendí nada de los mensajes que dejaste en el contestador automático. Y no creo que Celine haya sido la única razón para tu partida —Rebekah fue diciendo. — Siendo así, ¡empieza de una vez!

Ana podía intentar desviar el asunto, pero, ¿para qué?

—Estoy embarazada.

Hubo una sorpresa inicial, pero enseguida su hermana abrió una

gran sonrisa afectuosa, la expresión tierna.

—¿Y por qué no llegaste aquí bailando y saltando para celebrar?

—No fue planeado.

Rebekah le lanzó una mirada de quien sabía que faltaban informaciones.

—¿Y ese es el problema?

—No exactamente.

—¿Qué es lo que te está afectando? ¿No me quieres contar de qué se trata?

Ana permaneció en silencio algunos segundos, y Rebekah habló, aún más cariñosa:

—¿Le contaste a Luc lo que hizo Celine? ¿Cuan destructiva ha sido?

¿Qué diferencia haría?

—No.

—¿No crees que deberías?

—Puedo lidiar con Celine.

—Querida... —Rebekah la previno, casi en tono de censura. —Dale media oportunidad y ella te tragará y te escupirá antes que te des cuenta de lo que está pasando.

Ana se sonrió sin ganas.

—Gracias por el voto de confianza.

—Estoy preocupada por ti... ¿Qué más está pasando? Vamos, ¡cuéntame!

Ana titubeó entre revelar ó no lo que ocurriera con el padre de ambas.

—No te preocupes, Rebekah. Creo que puedo achacar todo a una alteración hormonal —despistó, dándose de hombros.

—Y sólo por un pálpito, ¿mi querido cuñado no preferiría que su esposa se quedara en casa?

—Puedes apostarlo.

—¿Por qué está aquí, entonces?

Una pequeña sonrisa se esbozó en sus labios.

—Me conoces bien.

—Si, pero no quiero que Luc me coma viva, no dejaré que hagas ningún trabajo pesado, ¿entendido? Sólo cargarás pedazos de papel, ¡y nada más pesado que eso!

—Voy a intentarlo.

—Y te tomarás dos horas de almuerzo.

—¡Rebekah, no preciso eso!

—Y sólo harás el trabajo con la computadora.

Ana asumió una expresión de víctima.

—¿Quién dijo que fuiste nombrada mi jefa?

—Yo. — Rebekah pestañeó, juguetona.
—¿Y si no te obedeciera?
—Puedes hasta intentarlo...
Trabajaron juntas, con la facilidad de la experiencia. Las entregas fueron hechas en tiempo y forma, los pedidos, encaminados de forma correcta, y todavía hubo tiempo para una tarea de las más placenteras: ayudar a una novia a escoger su ramo para el día de su casamiento.
Ana arreglaba las rosas que acaban de llegar, maravillosas, con su color vívido, cuando Rebekah le entregó el teléfono.
—El padre de tu hijo.
Ana arregló sus cabellos.
—¿Hola?
—Pensé que habíamos concordado que limitarías tu tiempo ahí.
—No me acuerdo de haber aceptado tu sugerencia.
—Esa necedad no lleva a nada.
—¿Necedad?
—Ana... —la voz de él tenía un dejo de advertencia que ella se esforzó por ignorar, permaneciendo callada. — Discutiremos eso más tarde.
—Casi no puedo esperar. —y colgó, antes que su marido tuviera la oportunidad de dar la última palabra.
No fue una buena estrategia, pues cenarían con amigos aquella noche. Corrección: con algunos colegas de Luc y sus parejas, esposas, novias, y amantes.
Ana estaba segura que Celine se incluiría en el grupo, como un gato entre palomas. La magnífica Celine, la reina de los felinos... peligrosa y fatal. Las mujeres se incomodaban con su poder, los hombres quedaban aturdidos con su increíble sensualidad.
Dejar de comparecer a la cena estaba fuera de discusión, y Ana se ponía más y más tensa con el caer de la tarde.
—Ve a tu casa —Rebekah le aconsejó. — Puedo encargarme de todo hasta la horario de cerrar.
—¿No estás cansada?
—Nada que un buen baño y un retoque en el maquillaje no arreglen.
Ana la miró, sin alternativa.
—Gracias.
—No hay porqué. Y, Ana, ponte algo bien encantador y coloca a Celine en su lugar.
—Como si fuera posible...
—Entre otras ventajas, tú tienes la alianza de Luc en tu dedo y llevas a su hijo en tu vientre.
—La alianza no surtió mucho efecto. ¿Qué te hace creer que con el

embarazo será diferente?

—Estamos hablando de Luc, mi querida, y no de alguien como el ratón con que me casé, y de quién me divorcié en tiempo record.

Ana sabía del impacto que el divorcio tuvo en la vida de su hermana. El sentimiento de rechazo, el corazón partido. Tres años curaron las heridas superficiales, pero la decepción y la desconfianza en relación al sexo opuesto aún permanecían.

Apenas quién conocía mejor a Rebekah sabía que su aparente prepotencia era apenas una caparazón en la que se escondiera para no sufrir demasiado.

¿Cómo reaccionaría si supiese que su cuñado usara amenazas para traer a su hermana de regreso a casa?

—¡Ve! —Rebekah ordenó. — Me encargaré del resto.

—Eso no es justo. —arreglar las flores recién llegadas era uno de sus mayores placeres. — Estoy embarazada, no enferma. Además, ya tuviste que hacer todo sola mientras estuve fuera.

—No creo que Luc se convencerá con ese argumento.

—¡Luc no me manda!

Mejor no pensar mucho sobre eso, Ana decidió, al enfrentar el tránsito de regreso a la mansión.

—Luc se atrasará media hora, sra. Dimitriades.

—Ana —corrigió por enésima vez, consciente que tal vez jamás ganase esa batalla con Petros.

El hombre muchas veces parecía estar en un campo militar. No se podía calcular su edad y había una severidad en sus maneras que causaban alguna duda sobre su real posición en la casa. Era mayordomo, chofer, y Ana no se sorprendería si actuara como guardaespaldas también. Cuando hizo esa pregunta a su marido, Luc afirmó que Petros ya era empleado de su padre antes de trabajar con él.

—Sería irrespetuoso de mi parte tratar con familiaridad a la esposa de mi patrón.

Exasperada, Ana exclamó:

—¡Oh, olvídalo! —y se alejó apresurada, subiendo las escaleras.

Debería ser fácil escoger que ponerse con tantas opciones, pero era justo eso lo que complicaba todo. ¿Un vestido negro clásico ó uno rojo escarlata? ¿Tal vez la túnica esmeralda? ¿Ó uno tono pastel de seda?

Quince minutos después, Ana arrojaba arriba de la cama un pantalón elegante de seda negra, una camisa transparente del mismo color, collar y caravanas a juego y sandalias altas de tacos finísimos. Claro que escogió su ropa interior de encaje también negro.

Cuando salió del baño, Luc todavía estaba sacándose la ropa, y el corazón de Ana falló un latido viéndolo librarse de la camisa.

Los hombros largos eran acentuados por la musculatura firme y la piel rígida, bronceada. Los espesos vellos del tórax desaparecían, provocantes, por la línea de la cintura.

Ana tenía una memoria vívida del contacto con aquella carne caliente, la sensación de los músculos fuertes bajo sus dedos... sus labios. Del cuerpo de él escurriéndose sobre el de ella, de su respiración fuerte y entrecortada cuando estaba por perder el control.

Recordaba inclusive su propio gemido cuando se perdía en el auge de todas las delicias, cuando cada punto parecía cargado de electricidad... Genuina, sin pudores, sin censura.

Luc también se sacó el pantalón, dejando toda su detallada anatomía a la vista. Ana suspiró.

¿Pero cuál era su problema? Allí parada, todo aquel tiempo, ¿paralizada ante la mera visión de su marido semi desnudo? ¿Cómo podía quedar tan excitada al verlo si creía tener todos los motivos de la faz de la tierra para odiarlo?

Se sentó en el borde de la cama y comenzó a ponerse sus medias finas, pasándolas bien lentamente por sus piernas, después por los muslos... Sin querer, su mirar se volvió y se vio preso a la de él.

Por un instante que pareció eterno, el mundo dejó de existir. Estaba sólo Luc y la magia que los unía. Peligrosa, letal.

Con movimientos de una lentitud abrasadora, Luc se desnudó por entero y caminó pisando fuerte hacia la ducha.

Pasaron algunos segundos hasta que el ruido del chorro de agua quebrase el encantamiento, y Ana consiguiera respirar con regularidad.

Aún trémula, tomó su vestido y se deslizó dentro de él, cerrando el cierre.

Los cabellos y el maquillaje demoraron un poco más de la cuenta. Sus dedos inseguros no ayudaban en nada en la tentativa de pintar sus ojos, y por el mismo motivo precisó hacer y rehacer el peinado dos veces para conseguir un resultado próximo al deseado.

Escuchó a Luc retornando al cuarto, y percibió como rápidamente la afectaba. Sintiendo la sangre correr rápido en sus venas, procuró escoger con cuidado la única joya que usaría. De nada valía que Ana estuviese atenta al ruido de la seda que rozaba el cuerpo de él y al ruido del lino de la camisa que tocaba su piel... que pudiese imaginar con exactitud el pantalón que Luc colocaba sobre los muslos gruesos y cubiertos de bello negro y espeso, y que pudiese oír el mínimo sonido del cierre cerrándose. Ella no haría ningún movimiento en su dirección.

No podía negar que la epidermis se templara con un calor sensual y sus senos llegaban a doler por no poder tocarlo, abrazarlo.

¿Será que Luc también sentía algo? Ana lo dudaba.

Y ella estaba presa a una red de orgullo, rabia y resentimiento, que le impedía tomar la iniciativa de aproximarse.

¿Será que Luc estaba jugando? Para un hombre siempre tan ardiente...

De súbito, el dolor en su pecho se transformó en horror, Ana se sintió paralizar. ¿Será que él se había encontrado con Celine en su ausencia y por eso no la deseaba más?

La mera posibilidad casi le impidió respirar.

No. Luc jurara que no le fue infiel. Hasta había documentado eso.

Pero podían ser sólo palabras. Celine era una mujer seductora, muchos hombres tendrían dificultad en resistir a su encanto.

Los hombres son hijos de Marte, las mujeres, de Venus, ¿no era así? Bien traducido, eso quería decir que son las mujeres que buscan el amor. Los hombres buscan sexo.

—¿Problemas?

Ya hacía algún tiempo que intentaba prender la gargantilla, y ni se dio cuenta de eso.

—No, ninguno.

Pero sus manos temblaban, tornando dificilísimo encontrar la conexión entre los pequeños ganchos. Con la agilidad de un gato, Luc cruzó el cuarto y, tomando la joya, la prendió con facilidad.

¿Será que él se había quedado allí algunos segundos más allá de lo necesario? ¿Será que había rozado los dedos contra su cuello a propósito, ó apenas fue un roce accidental?

"¡Contente!", se ordenó a si misma, sintiendo la necesidad de acabar con aquella tortura. Con firmeza, se irguió en los tacos finísimos y tomó la carterita para la noche.

—¿Estás pronta?

—Tanto como podría estar.

Sus anfitriones residían en una mansión antigua, toda restaurada, en el corazón de Double Bay. Era interesante su localización, ya que sus vecinos eran los cafés, las casas con terrazas estrechas que habían sido transformadas en boutiques. Se veía mucho movimiento en la calle.

Cuando llegaron, diez invitados ya estaban reunidos en el magnífico zaguán, y Ana sintió un enorme alivio al no ver a Celine. Pidió un jugo de naranja y se incluyó en una conversación sobre las novedades que el mercado traía en cosméticos.

"Excelente asunto", decidió, evitando evaluar las prioridades que algunas mujeres escogían para sus vidas. ¿Conseguirían ellas mantener fieles sus ricos maridos, tan disputados? ¿Ó los perdían en la primera esquina contra muchachas más jóvenes, que aguardaban tras bastidores, prontas para agradarlos?

Manicuras, pedicuras, tratamiento para cabellos, masajes faciales, baños, cremas, bronceado artificial… Sumados a las joyas carísimas y las confecciones a medida. Todo lo que soñaban que les traería la imagen anhelada.

Cuanto más pasaban los años, más desesperadas quedaban. Tratamientos en América, Suiza, Francia eran vitales. La búsqueda no tenía fin.

—¿En qué estás pensando, querida?

—No serías capaz de adivinar. —Ana quedó sin gracia, percibiendo que desviara la atención de las obras de arte de un maestro en cirugía plástica, cuya fama crecía cada día.

—Él es mismo increíble. Maravilloso. Precisas conocerlo.

—En la primera oportunidad… —Ana comenzó a decir, cuando sintió que era enlazada por la cintura.

Pidiendo permiso, Luc se alejó algunos pasos con ella, antes de hablar, aburrido:

—Tema profundo, ¿no? “increíble, maravilloso…” ¿Quién es ese dios a quién se referían? —hizo una pequeña pausa — Ana, ¿precisas mantenerte tan lejos de mí?

—Olvidé que tenemos que desempeñar bien nuestro papel.

—¿Papel?

—Que vivimos un matrimonio feliz.

Luc estrechó los ojos.

—Cuidado, querida. Mi paciencia tiene un límite.

—La mía también.

Fue en aquel preciso instante que todos se giraron en dirección a la entrada, por haber oído el sonido de la carcajada ronca femenina que saludaba los primeros conocidos. Celine Moore. Los cabellos oscuros y sedosos estaban cuidadosamente presos en un moño alto, que dejaba algunas mechas sueltas cayendo, muy sensuales, por su rostro. El maquillaje era perfecto. Aquella mujer podría concursar con cualquier supermodelo internacional. Y encima agregar la mirada seductora y las curvas increíbles. No había como negarlo, ¡ella era espléndida!

Venía acompañada por un hombre guapísimo, casi demasiado para un simple mortal. ¿Sería modelo? ¿Tal vez un acompañante de alquiler?

“¡Que maldad!” Ana sonrió, disfrazando, con cinismo.

Los saludos de Celine le parecían a Ana demasiado afectados para ser genuinos, su sonrisa carecía de afectividad. Como un misil teledirigido, ella caminó rápido hasta Luc, dejando claro a todos los presentes a quien fue a buscar en aquella fiesta.

Ana podía casi oír la amenaza no verbalizada, y sintió que su estómago se contraía con la tremenda antipatía.

—La atracción de la noche llegó —ella comentó, procurando

mantener una entonación desinteresada, sintiendo que los dedos de su marido apretaban con un poco más de fuerza su cintura.

—Compórtate.

—No soñaría en hacer nada diferente de eso. —Ana mal terminó la frase cuando sintió el aroma del perfume carísimo de Celine, que se apostara frente a ellos.

—¡Luc, querido!

Los labios de ella estallaron ruidosos en el rostro de él, haciendo mucho más que lo necesario para un saludo amigable. Ana por poco no fue obligada a cerrar los dientes para contenerse.

Claro que a la hora de la cena Celine manipuló los lugares. Una persona podía hasta divertirse con tamaño descaro, Ana decidió con resignación, al sentarse delante del acompañante de ella.

Existían muchas formas de aprovechar una noche, y observar a su marido siendo devorado vivo por su ex-amante no era una de ellas.

Una pena que no pudiese tomar ni una copa de vino para relajarse un poco. Y ni la comida la distraía. En realidad, por el modo como su estómago se venía comportando, era mismo difícil saber si cualquier tipo de comida sería recomendable.

—¿Estás haciendo dieta, querida?

—Siempre es bueno ser equilibrada. —Ana no faltaba a la verdad. Precisaría de mucho equilibrio en esas horas que pasarían juntas.

Celine le lanzó un mirar desanimado, y volvió a encarar a Luc con una sonrisa sensacional.

La conversación en la mesa continuaba fluyendo, así como el vino. Ana imaginó si era la única en notar el comportamiento cada vez más seductor de Celine. En determinado momento, miró a Luc directo a los ojos y humedeció los labios, como despertando recuerdos.

Ana se mordió la lengua. Casi no contenía el deseo de tirarle el vino y la copa encima de ella. Era lo mínimo para disminuir un poco el fuego de su oponente.

El problema era que una escena de aquellas causaría una situación imperdonable, que haría que ella misma se sintiese muy mal.

Pero fue durante el postre que Ana sintió algo tocar su pierna. Un roce accidental, ó realizado para llamar su atención al hecho que Celine rozaba la pierna de Luc, ó algo peor, por debajo de la mesa con la punta del pie.

«¡Basta!”

—¿Perdiste tu zapato, Celine?

—No. ¿Por qué preguntas?

Ana tenía que darle crédito. Era una excelente actriz. Mejor desistir. Aquel no era ni el momento ni el lugar para un show privado.

Con la mano izquierda, comenzó a picar la servilleta por debajo de la mesa, para enseguida sentir la mano de Luc sobre la suya.

¿Con qué propósito? ¿Un acto de compasión ó un intento de hacerla no ver los movimientos de Celine?

En un gesto rápido, ella alejó la mano para uno de los muslos de él y le clavó las uñas con toda la fuerza que disponía.

Él también era un perfecto actor. Nadie percibiría la batalla que se trababa por debajo de aquel mantel. Luc apenas tomó su mano con delicadeza y la llevó a los labios, en un gesto que hizo sonrojar a Ana.

Sólo ella podía percibir la frialdad escondida bajo aquel falso cariño.

Mantener toda su educación en las horas que siguieron exigiera mucha habilidad. “Acostúmbrate a eso”, su interior le avisaba.

Ana intentó no reaccionar cuando Luc la enlazó, conduciéndola hacia la salida. Aún demoró algún tiempo hasta que el último “buenas noches” fuese dicho. Despedidas, arreglos para nuevas reuniones, comentarios sobre las que ya estaban marcadas, la inevitable demora.

Al entrar en el auto, Ana recostó la cabeza en el asiento y cerró los párpados. No quería rememorar las actitudes de Celine, ni ningún otro asunto desagradable.

Una música suave fluía por los parlantes, y después de un suspiro, sus músculos tensos comenzaron a relajarse.

Una parte de ella quería llorar por el amor que no podía conquistar, otra, quería agredir a Celine por sacarle lo poco que consiguiera.

Pero, como siempre, Ana no hizo nada, y cuando el coche entró en el garaje, ella salió deprisa. Tan pronto Luc desactivó el sistema de seguridad, se dirigió a su cuarto, sin decir ni una palabra.

Él no la siguió.

Ana se sacó la ropa, limpió su maquillaje, soltó sus cabellos y cayó en la cama.

Sólo mucho después Luc entró en la suite. Sin demora se sacó corbata, camisa, pantalón y saco, descalzó sus zapatos y, antes de aproximarse a la cama, observó a su mujer.

Ana parecía tan vulnerable en su sueño... casi frágil. Todo lo que él quería era poder deslizar sus dedos por la piel aterciopelada, sentir su suavidad, alejar la mecha rubia que caía sobre su mejilla.

¡Ana era tan femenina! Los hombros delgados, los brazos torneados y las manos finas. Tan habilidosas, rápidas, sus uñas bien cuidadas.

Luc sonrió recordando como Ana le clavara esas mismas uñas en su carne, y los motivos por los cuales hizo aquello.

Sabía que podía entrar debajo de las sábanas y tocarla. Perdida en el sueño, Ana no resistiría. Sabía muy bien como se erizaría cuando tocase su nuca con los labios, que soltaría un gemido suave cuando le

pellizcase los pezones bien suave… y como le provocaría una respuesta inmediata si colocase la mano en la parte húmeda entre sus muslos. Sabría como persuadirla hasta que fuese suya.

Pero la quería despierta, volviendo a él porque sentía, de corazón, su falta. Quería a Ana ardiente, llena de lujuria, como siempre fue.

Y más, mucho más que eso. Quería todo lo que ella pudiese darle… cuerpo y alma.

Sabía que nada de eso pasaría sin luchar mucho.

CAPÍTULO V

Ana eligió un restaurante próximo a Flores & Buqués para almorzar con su padre.

La ocasión prometía ser tensa. Para completar, William se atrasara mucho, y encima llegó diciendo que tendría que irse pronto.

A pesar de eso, la saludó con afecto.

Interesante como su presencia era marcante. Tal vez su agilidad, ó el modo como hablaba. Pero aquel día no se podía decir que estaba en su mejor forma. Parecía triste, encogido.

Pidieron agua helada, antes de cualquier otra cosa.

—¿Estás bien, papá?

¿Será que fue algo en el tono de Ana que había causado el dolor en el mirar de él?

—Luc te contó, ¿no?

Fingir que no sabía nada sería un ejercicio inútil, y Ana odió el remordimiento que vio surgir por segundos en la expresión de él.

—¿Creías que no lo haría?

William pareció avergonzado... ¿Cuál sería su reacción si le contase que Luc usara esa arma para forzar la reconciliación entre ellos?

El mozo les sirvió, y ellos almorzaron. Ambos sabían que no tendrían porqué demorar con aquello.

—Di la razón, papá.

—Una mujer... —William interrumpió lo que decía, para enseguida continuar, con obvia renuencia: — Cuando descubrí que ella estaba colocando por lo menos tres hombres en conflicto, yo ya había gastado una fortuna en préstamos para satisfacerla.

La cuestión ocurrió de inmediato a Ana:

—¿Qué pretendes hacer al respecto?

—Vender el apartamento e intentar recuperar mi reputación, lejos de aquí. Tengo contactos en Nueva York.

Tal vez fuese de verdad una buena estrategia, y ella le dijo eso.

—¿Te gustó tu viaje, hija?

—Es bueno estar de vuelta. —Ana no quería extender el asunto, ya que no estaba dispuesta a hacer confidencias. —¿Qué te parece la idea de convertirte en abuelo?

Una sonrisa tierna afloró en el rostro de William, que cubrió la mano de ella con la suya.

—¿Estamos hablando de proyectos ó de hechos?

—Hecho consumado.

—Amor, ¡estoy tan feliz!

Pasaba de las dos cuando Ana volvió a la tienda. El final de la

tarde pasó rápido, visto que tenía mucho que hacer actualizando los archivos del computador, lidiando con el balance financiero de Flores & Buqués, atendiendo el teléfono.

El tránsito era intenso, y demoró en llegar a Vaucluse. Soñaba con un baño, ropas holgadas y un enorme vaso de agua helada, cuando estacionó el coche en el garaje. Una comida leve, tal vez un video. Pero pretendía dormir temprano.

Petros surgió en la baranda, y Ana le dirigió una bella sonrisa.

—Hola, ¿cómo fue tu día?

—Lo de siempre, sra. Dimitriades. ¿Y el suyo?

—Lo mismo. —su respuesta tenía un tono de falsa solemnidad, que el mayordomo notó muy bien.

—Luc pidió que le avisara que llegará tarde. Una cena de negocios, por lo que entendí.

—¿Entonces somos sólo el gato y yo? Por favor, sirve apenas una ensalada de cena.

Los labios de él dejaron trasparentar una visible desaprobación.

—Preparé algo más sustancial que “una ensalada”. Si usted pudiera decirme a qué hora quiere comer, podré servirle la comida.

—¿Y el gato? —Ana no pudo resistir la tentación de provocarlo, pues sabía que Petros era contra el trato que ella y Luc resolvían darle al bichito.

—Estuvo de mal humor todo el tiempo que usted estuvo fuera.

Así como el dueño de casa, Ana pensó.

—Ah, entonces debo corregirlo y dedicarme más a él.

Cualquier persona deduciría que, si Luc tuviese en casa un animal de cuatro patas, sería un perro enorme, de raza. Pero, en verdad, fue Oliver quien los adoptara, un mes antes. Llegó hambriento, mojado y con un aire estático. Después de alimentado, continuó por allí.

Sólo le era permitido estar en la cocina y la lavandería, pero el atrevido corría por toda la mansión, día y noche.

—Una sugerencia excelente.

Ana encontró al animal dormido en el cesto de la lavandería. Él la miró, dudoso, como decidiendo si debería levantarse para saludarla ó no. Ana no venía siendo muy presente, realmente. Pero ó la entonación cariñosa, ó el modo gentil como lo tocó, hizo que luego rodase por el piso.

Era un afecto incondicional, Ana pensaba, al subir las escaleras. Si al menos los humanos fuesen un poco más parecidos con él, fuesen menos complicados...

Después de un baño demorado y relajante, Ana vistió un jean holgado y una blusita fresca, presa con pequeños lazos. Recogió sus cabellos en un moño flojo y se dirigió a la cocina, donde Petros acababa de arreglar un plato con un bife suculento encima de una

gruesa porción de arroz.

Ana tomó un tenedor y llevó un poco de arroz a la boca, dirigiendo al mayordomo una sonrisa cómplice, dispuesta a quebrar la severidad de siempre.

—No te preocupes con la mesa. Voy a cenar en la terraza.

—Es mi trabajo servirla. —Petros intentó argumentar, después de un largo suspiro. — Luc diría...

—Luc no está aquí. Así que hazme sólo un favor, enciende la luz.

—Está bien —anunció, aunque aún en crisis con su conciencia.

El silencio y la brisa fresca nocturna en sus mejillas le traían tranquilidad. El cielo estrellado estaba muy bonito, y la vista del puerto era espectacular.

Era fácil dejar que su mente vagase. Recordaba la primera vez que estuviera en aquella casa. El placer de estar con el hombre que amaba, las promesas que vivirían juntos, a pesar que parte del corazón de él le perteneciera a Emma, la joven con quién se casara y que perdiera tan pronto.

En los once años que siguieron entre el primer y el segundo casamiento de Luc, hubo otras mujeres. Un hombre como él ejercía inevitable magnetismo sobre el sexo opuesto.

Ana podía aceptar aquello. Podía inclusive lidiar con los flirtees inocentes que pasaban en su ambiente social. No en tanto, a una amante ella no podría cerrar los ojos. Celine hacía de todo para que Ana creyese que la aventura entre ella y Luc estaba viva, inclusive más ardiente que nunca. Luc juraba que no. ¿En quién debería creer?

—Si ya terminó, voy a llevar su plato.

Saliendo de su devaneo, Ana se volvió hacia Petros.

—Gracias, era una delicia.

—¿Quiere postre? ¿Frutas?

—No, gracias.

—¿Tal vez un poco de té?

—Cuando entre, me sirvo, gracias.

—Quédese aquí mismo. —Petros miró alrededor. — Está es una noche muy agradable.

Ana sonrió.

—¿Conversando conmigo, Petros? ¿Cómo osas?

—Iré a preparar su té.

Suspirando, Ana volvió su atención a Oliver, que dormía enrollado a su lado. La acarició las orejas, le arañó la barriga, y él respondió con un ronronear satisfecho.

—Bien... —Petros dijo, atento, mientras apoyaba con cuidado la taza en la mesita. — ... parece que él decidió hacer las paces con usted.

Oliver levantó la cabeza y encaró Petros con los ojos semicerrados, como si aprobase lo que él decía.

—Voy a buscarle un chal.

Ana recostó la cabeza en la silla acolchonada y se quedó observando las luces que brillaban en las calles a lo lejos. Se parecían también a pequeñas estrellas.

Fue así que Luc la encontró, durmiendo, cuando llegó. Paró delante de la reposera, admirando sus facciones tranquilas, su cuerpo relajado. Lentamente, se agachó, y con todo el cuidado arregló una de las mechas rubias por detrás de su oreja.

Ana comenzó a despertar, y él puso la mano en su hombro, viéndola erguir los párpados, aprehensiva.

—¿Qué estás haciendo aquí afuera, pedhaki mou? ¿Admirando el firmamento?

Ana extendió la mano para tocar el lugar vacío donde el gato estuviera durmiendo.

—¿Dónde está Oliver?

—Petros lo llevó a la cesta, en la lavandería. —en un gesto fluido, Luc se colocó de pie y la tomó en brazos.

—Puedo caminar.

Él le besó la frente.

—Deja que yo haga esto.

Luc la cargaba con facilidad, aún apagando las luces y accionando las alarmas, al caminar por los pasillos. Después subió la escalinata, dirigiéndose al cuarto de ellos.

—Tú puedes...

Él la calló con los labios, provocándola con la lengua. La caricia duró apenas un instante... lo suficiente para encender su deseo.

Ana pensó con tristeza en los sueños y esperanzas que tuvo, en lo que realmente existía entre ellos y en lo que podría existir. Pensó sobretodo en aquel instante.

Luc la colocó de pie y descendió las manos, sosteniéndola por detrás. Inclinó la cabeza, y comenzó a acariciarle la espalda y el cuello con la boca, con tamaña dulzura que Ana sintió deseos de llorar.

—No quiero continuar, Luc. —fue un susurro lleno de tristeza, que llegó directo al corazón de él.

—Entonces dime que pare.

Era imposible. A pesar de lo que dijera, Ana quería demasiado que su marido la tocase. Todo su cuerpo ansiaba aquello, como guiado por una fuerza mayor que su racionalidad.

Con besos suaves en los labios, en el rostro, Luc la provocaba, forzándola a abrirse en una entrega total.

Y ella lo hizo, imaginando que protestaría, pero en realidad,

deseosa de que pudiesen profundizar más el beso.

Luc acariciaba su espalda, alcanzaba la nuca, destruía con habilidad toda y cualquier resistencia que ella pudiese imponer.

Los dos querían mucho más que aquello, y tenían conciencia de eso.

Ana precisaba sentir su piel contra la de él, sin la barrera de la ropa. En un gesto impulsivo, comenzó a desabotonar la camisa de lino, después el pantalón.

Luc la acompañó en el mismo instante, sacándole primero su chal, enseguida la blusa. Ana no pudo contener el gemido ronco que se le escapó cuando él le acarició los senos por encima del sostén, antes de desabrocharlo y tirarlo lejos.

Colocándose detrás de ella, Luc continuó la caricia, envolviendo sus senos con las manos, el pulgar provocándole los pezones rosados, excitándolos hasta que Ana se sintiese quemar de pasión. Era como si recorriese una espiral que la llevaría a la locura.

Volvió a gemir, el sonido perdiéndose en el beso de Luc, que ya la acostaba en la cama.

Mirándola con los ojos llenos de lujuria, la cubrió con su cuerpo muy excitado, pronto para ella.

Ana pensó que debía gritar, exigir que interrumpiesen aquella locura, pero no tenía fuerzas para ir contra el poderoso ardor que la envolvía.

Cuando Luc pasó a succionar sus senos con avidez, Ana sintió su sangre entrar en ebullición. No podía soportar más la espera para que su marido la poseyera.

Casi desfalleció cuando él comenzó a penetrarla lentamente, con todo el control del que aún disponía. Con las manos en su cintura, mantenía un lento movimiento de vaivén, haciéndola implorar para que le diese lo que tanto anhelaba.

De a poco él aumentó el ritmo, besando sus labios con lascivia, succionándolos, como si intentase domarla. Apenas cuando Ana dijo cuanto lo quería, él se permitió soltarse por completo, alcanzando con ella el clímax, vibrante, intenso, único.

Después de rodar de lado, manteniéndose aún abrazado a su mujer, Luc murmuró:

—Adoré tu renuencia.

—Te odio.

—Ajã... —Luc le mordisqueó el hombro.

—Celine...

—...no forma parte de lo que tenemos juntos.

—No es eso lo que ella piensa.

Luc no pudo dejar de notar la tensión que se formó de inmediato en el semblante de Ana. El roce de sus labios fue como el posar de una

mariposa, suave y sensible.

—Insistes en hablar de otra mujer, cuando la única que me interesa eres tú.

Él conseguía deshacer sus defensas usando aquel tono.

—Son sólo palabras, Luc.

—¿Qué quieres que haga?

"Quiero que digas que me amas." El pedido silencioso venía del fondo de su alma. Ana estaba casi en lágrimas, sabiendo que esperaba por una declaración que jamás oiría.

—Tú eres mía, pedhaki mou. Estás embarazada de mi hijo. Y eso es suficiente.

Luc estaba equivocado. Nunca sería suficiente, pero ella no podría decírselo.

—¿Aún quieres continuar esa discusión?

Con mucho esfuerzo, Ana consiguió decir con alguna firmeza:

—¿Para qué? —y, a pesar del nudo en su garganta, finalizó: — No hay nada que discutir.

CAPÍTULO VI

—¿Pretendes ir a la tienda?

Ana no quería creer en aquella pregunta.

—Si.

—¿Resolviste desafiarme?

Ella respiró hondo, intentando no perder la calma.

—Combinamos, Rebekah y yo, que haré apenas los pedidos, lidiaré con el computador y atenderé el teléfono. Si fuera necesario, contrataré alguien más para ayudarnos. ¿Satisfecho?

—No totalmente.

—Peor para ti.

Luc mostraba un mirar sombrío.

—Estás jugando un juego peligroso, agape mou.

—Nada cambió, Luc.

—¿Crees que no?

No hubo respuesta. El celular de Ana sonó, y al leer el mensaje de texto ella se levantó, ya tomando su cartera.

—Me tengo que ir.

Luc también se levantó y se paró frente a ella, metiendo la mano por sus cabellos mientras le daba un beso rápido y provocante, apenas atizando el deseo.

—Aprovecha tu día.

Ana no quería prestar atención a la ironía de aquellas palabras. Si Luc imaginaba que el sexo resolvía todos los problemas, estaba equivocado.

No conseguía dejar de recriminarse por haber sucumbido a la seducción de él, despreciando la única forma de resistencia que le restaba. Pero bastaba recordar lo que viviera en sus brazos para que le subiese en el mismo instante un intenso calor.

Fue una larga mañana. Aún esforzándose por disminuir el ritmo, Ana no paró un segundo.

—Ve a almorzar —Rebekah insistió. — Siéntate en la parte de afuera de uno de los cafés y toma un poco de aire fresco. ¿Puedes traer un sándwich? ¿Tomates secos en pan de centeno?

En un día tan lindo, Double Bay mantenía su estilo elegante, con sus boutiques finas y varios cafés. Cerca del mar, la brisa refrescante amainaba la temperatura alta.

Sintiendo necesidad de caminar, Ana atravesó la calle y siguió algunas cuadras, eligiendo por fin un pequeño café, que apenas tenía algunas mesas desocupadas.

En ese mismo instante, un mozo la atendió, y su pedido llegó en tiempo record.

El sándwich de pollo con ensalada estaba delicioso. Ana sonrió al pensar que, con el embarazo, su apetito le exigía por lo menos seis comidas diarias. Y no podía pasar de la hora de alimentar a su bebé, sino se sentía con náuseas.

—¿Ana?

"'Oh, Dios, no! ¡Por favor, no! ¡Celine!" Ella misma, vestida como una reina en sus trajes caros e impecables, y como siempre maquillada a la perfección.

—No te importa compartir conmigo, ¿no?

¿Por qué ella siempre trabajaba con el doble sentido?

—¿La mesa, Celine?

—Evidente, querida. Quiero apenas un café. —y se acomodó. — Y precisamos conversar.

—Ah, ¿en serio? —Ana estaba muy tentada de levantarse y salir. Pero fue una especie de fascinación que la mantuvo en su lugar. — Sobre...

—Luc, claro.

¡Imagina! ¿Qué más podría ser? Ana miró su reloj.

—Tengo que volver a la tienda en pocos minutos.

—Luc y yo estábamos discutiendo nuestra situación ayer.

—No me digas. —pudo ver muy bien el brillo en los ojos de la otra mujer, y arqueó una ceja.

—Volvimos al pasado y...

Era suficiente.

—Esa es una buena palabra: pasado. —Ana se puso de pie y pidió la cuenta.

—Tal vez debas preguntarte porqué Luc no consigue deshacerse de él.

¿Por qué siempre se sentía atacada con el veneno de Celine?

—Eres tú quien debe descubrir porqué continua obsesivamente ligada a un hombre que no te quiere más. No soy dueña de él, Celine. Si Luc cree que debe acabar el matrimonio, es libre de hacerlo.

Con rapidez, Ana pagó, tomó el sándwich de Rebekah y salió, sin mirar en dirección de Celine.

—¿Qué pasó? ¡Pareces abatida! —Rebekah notó, ni bien Ana entró en el establecimiento.

—Tuve compañía en el almuerzo.

—Celine.

—Pues si. Ni precisaste tres opciones.

—Ella llamó para acá. Esa mujer es una peste. ¿Qué harás al respecto, hermanita?

—¿Quieres decir además de estar loca de la vida? Estoy intentando

lidiar con eso.

—Tal vez debieras dejar que Luc lidiase con esa situación.

—¿Llegar a él sollozando y contarle esa historia patética? ¿Y admitir que no consigo hacer nada al respecto? —colocó más hojas en la impresora. — No. Son mis problemas, yo los resuelvo.

Al final de la tarde, Ana aún separaba pedidos de buqués y arreglos florales. Aquel día, se sumaban también varias solicitudes de ornamento para trabajos de paisagismo, puesto que Ana y Rebekah habían anunciado en una revista de moda que Flores & Buqués también desenvolvía ese tipo de actividad.

De entre ellas, sin embargo, se topó con una que la sobresaltó. La sorpresa era por el nombre del cliente: Celine Moore.

No había duda que la intención no era buena.

—¿Qué está pasando?

Ana mostró a su hermana el pedido.

—Me encargaré de eso.

—No, Rebekah. Yo lo haré.

Celine, por lo visto, no tenía intensión alguna de desistir.

—Una batalla más en esta guerra. —Ana esbozó una sonrisa desanimada.

—Luc no va a aprobarlo.

—No tiene que saberlo.

—Pero lo sabrá, Ana. Celine se encargará de eso.

—Voy a tratarlo como una cuestión de negocios.

—Aún así, continuará siendo personal —Rebekah argumentó. —Las dos los sabemos.

—Pero, ¿y entonces? ¿Qué de malo puede pasar?

El apartamento de Celine quedaba en un condominio cerca de Rose Bay. Evidente que su situación financiera desde el divorcio continuara muy buena.

Ya en el hall del edificio se veían cuadros de artistas famosos, caros. Cuando el empleado abrió la puerta del apartamento, Ana pudo ver la sala de estar y comprobar su elegancia. Toda la decoración tenía como tema a los leopardos. Sofás blancos aterciopelados con almohadones también peludos imitaban la piel del animal. Colecciones de leopardo en poses adornando los muebles, cuadros con lo mismo por las paredes.

Ana pensaba que todo aquello se adecuaba muy bien a la personalidad de Celine, cuando ella apareció de una de las puertas.

Celine la saludó, seca, pero Ana no esperaría otra cosa. No sólo iría a realizar un trabajo, sino a una batalla más en la guerra por el

hombre que ambas deseaban. Resolvió ir directo al grano:

—¿Por dónde debemos comenzar? Ayudaría se me contaras lo que planeaste.

Celine expuso con prepotencia algunas de sus ideas, incluían fuentes por la sala, piedras carísimas, y lo que parecía más importante: las plantas en si. Enseguida, afirmó quería todo disponible por una cantidad irrisoria a los ojos de Ana, reflexionó en el mismo instante si esa mujer no estaría bromeando.

—No puedes alcanzar lo que quieres por el precio que estás dispuesta a pagar —Ana sintetizó, informando en el ornamento de algunos de los ítems, que ya pasaba el valor colocado por Celine.

—¿Pero cuál es tu margen de lucros? Estás cobrando una exorbitancia.

Ana quería girarse y salir de allí. No lo hacía sólo porque vino por negocios.

—Rebekah y yo sabemos muy bien la calidad de nuestro trabajo, y seguimos siempre un mismo patrón de precio. Sugiero que consultes a otros profesionales.

La expresión de Celine era de pura arrogancia.

—No perderé ni un minuto más de mi tiempo en eso. Di tu precio y lo pagaré.

Ana describió todo lo que utilizaría en los mínimos detalles, verificó todos los valores, hizo firmar a Celine la nota y le entregó la copia del cliente.

La rival dobló el papel, apretándolo con sus uñas pecadoras.

—Por esta cantidad, espero perfección.

—Será difícil que tengas algún reclamo.

Ana estaba segura que Celine haría de todo para denigrar la imagen de Flores & Buqués por el puro placer de hacerlo. Sabía que debería seguir sus instintos y rechazar la tarea. ¿Por qué no lo hacía, entonces?

Pura terquedad. No quería que Celine triunfase de forma alguna.

—Espero que no creas haber vencido.

Ah, ¡hasta que al fin surgía el motivo de su presencia allí!

—No sabía que había una competición.

—No te hagas la tonta. Sólo recuérdalo, querida. —Celine exhibió una sonrisa llena de falsedad. — Tuve a Luc antes de ti. Piensa en eso, e imagina si algún día tú pudiste ser una sustituta a la altura.

—Pero tú te casaste con otra persona. ¿Por qué? ¿Luc no te pidió casamiento?

Los ojos de Celine relampaguearon. Antes que ella pudiese

responder, Ana continuó:

—Vive tu vida, Celine. Y mantente alejada de la mía.

—No hay la menor oportunidad de eso. Nada de lo que puedas hacer ó decir me hará desistir.

—Estoy embarazada.

Celine levantó una de sus cejas, con desprecio.

—¿Y crees que eso hace alguna diferencia?

—Me olvidé que no tienes escrúpulos, sentido de la moral ó algo parecido.

—No creas que tienes alguna ventaja por llevar al heredero de los Dimitriades. —Celine la midió de arriba a abajo. — Aún porque gestantes barrigonas son tan sensuales como ballenas preñadas.

—Es una pena que sólo tengas una visión superficial... Sé que tú nunca pudiste sentir a un hombre enamorado de tu barriga, por el hijo que juntos concibieron.

—¡Pobre Ana! Llena de ilusiones sobre los hombres.

Hora de salir. Ya había oído mucho más de lo que debería.

—Que tengas una buena tarde, Celine.

Ana se concentraba en sus pasos hasta la salida, procurando no fallar en ninguno de ellos. Sólo consiguió respirar después de haber salido de aquel lugar. Tomó el celular y percibió que había dos mensajes en su correo de voz: Luc y Rebekah. Su hermana fue la elegida.

—¿Problemas?

—¡Es lo que yo pregunto! ¿Cómo fueron las cosas con Celine?

—Podrían haber sido peores. Estaré ahí en quince minutos.

Luc fue localizado en su línea privada.

—Dimitriades.

—Me dejaste un recado.

—Lo hice, si. —él parecía cansado, y Ana pudo imaginarlo recostándose en el respaldo del sillón.

—Estoy metiéndome en el coche para salir.

—Debo ser rápido, ¿es eso?

El mal humor fue claro en su tono, pero Ana se rehusó a ser ni pensar:

—Ó hablamos después.

—Jace estará llegando de Nueva York el domingo. Invita a Rebekah a cenar con nosotros.

El tan codiciado Jace Dimitriades. Los hombres de la familia Dimitriades eran muy parecidos. Personalidades marcantes, encantadores, vigorosos. En fin, dinamita pura para las mujeres.

—¿Vas a hacer de cupido, Luc?

—La sugerencia partió de Jace —Luc hablaba de un modo casi

divertido.

Ana recordó la tensión existente entre su hermana y el primo de Luc.

—No sé si mi hermana va a querer ir.

—¡No! —Rebekah rechazó, enfática, veinte minutos después. —¡De ninguna manera!

—Está bien.

—¿Cómo "está bien"? ¿No vas a intentar persuadirme, adularme, agarrar mi brazo?

—No.

—Jace es...

Ana le dirigió una sonrisa cínica.

—¿otro Luc?

—...perfectamente capaz de invitarme por si mismo.

—Lo que te daría el enorme placer de rechazarlo.

—¿Cómo adivinaste?

Fue hasta bueno que el teléfono sonara en aquel momento. Rebekah lo atendió, y Ana volvió a la computadora.

Rebekah tapó el receptor y le dijo a su hermana:

—Es papá. —paró para conversar con él algunos segundos y volvió a dirigirse a Ana: — No invitó a cenar esta noche. Dice que es muy importante. ¿Tienes idea de qué se trata?

Ana sabía que no podía revelar toda la verdad, pero por lo menos parte de ella.

—Comentó que había hecho algunos contactos de trabajo en Nueva York, cuando almorzamos juntos.

—¿Crees que puede estar pensando en mudarse para allá?

—Es posible. Bueno, nos va a contar en la cena. —Ana quería terminar el asunto de una vez. Odiaba omitir cualquier cosa a Rebekah.

Llamó enseguida a Luc, para avisarle que no cenaría en casa. Como él estaba en una reunión, le dejó un recado en el celular.

—Luc pidió que le avisase que va a llegar después de las seis y media —Petros le informó ni bien entró en la mansión.

Con suerte, para esa hora, ya estaría con William y Rebekah.

—Gracias.

Ana tomó un baño y vistió un conjunto elegante de pantalón y camisa de seda violeta.

Estaba haciendo los últimos retoques en su maquillaje cuando Luc entró en la suite. ¡Él era increíble! Aún un tanto abatido, sin la corbata y con los primeros botones de la camisa abiertos, Ana sentía que su

corazón latía fuerte al verlo. Tenía una sofisticación mezclada a una masculinidad casi ruda, sensual, que le provocaba escalofríos. Todo lo que deseaba era cruzar el espacio que había entre ellos y tocar su rostro, besarlo, encantarse con todas las promesas que ese gesto les traería.

Quería sonreír y preguntar: *"¿Muy cansado?"* Enseguida, ayudarlo a reposar en sus brazos.

Pero no hizo nada de eso. Al contrario, tomó su cartera y las llaves.

—¿Oíste mi mensaje?

Luc tiró el saco sobre la cama y comenzó a sacarse los zapatos.

—Lo oí, si —se sacó la camisa y bajó el cierre del pantalón. —Petros te llevará. Llámame cuando quieras volverte, e iré a buscarte.

—¡No seas ridículo! Yo misma manejo.

—No. No manejarás.

La rabia comenzó a subir por las mejillas de Ana.

—Claro que...

Luc la interrumpió. Su mirar era brillante y feroz.

—Podemos hacer esto del modo más difícil, mi ángel. Pero aún así, el resultado será el mismo.

—¿No estás siendo muy presuncioso?

—Las negociaciones no están abiertas —reafirmó, sacándose de una vez el pantalón. — ¿Qué quieres? ¿Estar rodando por la ciudad en busca de un lugar para estacionar? ¿Andar sola por la calle oscura hasta el restaurante? ¿Hacer lo mismo de regreso? —hizo una pausa. — ¿De verdad crees que yo permitiré eso?

Se sacó también el calzoncillo y salió desnudo por el cuarto.

Ana no se sentía dispuesta a una discusión. Aún más con Luc de aquel modo.

Lógico que quería tener la última palabra, ¿pero en qué la compensaría?

Descendió las escaleras, en dirección al hall, donde Petros con certeza ya la esperaba.

—Tendrás que jugar de chofer, Petros. —y lo siguió hasta el Mercedes de su marido.

—Las intenciones de él son las mejores.

—Él es un dictador, eso si. ¡Un tirano!

—Usted es la esposa de un hombre que es lo suficientemente sensato para no correr riesgos innecesarios.

—Entonces, cállese y baile al son de su música. ¿Es así?

—Algunas personas encontrarían eso como lo máximo.

—Pues esta a persona en especial no le gusta recibir órdenes.

William y Rebekah ya estaban en una de las mesas. Ana los saludó con efusividad y se sentó también.

William Stanford no esperó ni siquiera que el mozo tomase los pedidos.

—Ya coloqué mi apartamento a la venda, en una inmobiliaria. Partiré para Nueva York mañana temprano.

Rebekah hizo algunas pocas preguntas a su padre, pero luego se tranquilizó, percibiendo que él daba vueltas, omitiendo informaciones.

William se levantó después de terminar la comida. Se disculpó por salir apresurado, justificando que aún tenía mucho que organizar antes de su partida.

Ni bien se fue su padre, Rebekah se volvió hacia Ana.

—Tú ya lo sabías, ¿no?

—De la posibilidad de que se mudase, si.

—¿Por qué así, tan de repente? ¿Y por qué vender el apartamento? Es evidente que hay algo mal. —los ojos de ella se estrecharon. — Papá tiene problemas. Y tengo un pálpito que Luc está involucrado, es más, tiene algo que ver con el banco. Y tú puedes colocarme a la par de todo. ¡Todo! No apenas lo que crees que yo debería saber.

No había elección. Así, Ana le contó toda la conversación que tuvo con William en aquel almuerzo, y lo que Luc le dijo.

—Apenas dime que tú no hiciste nada para que Luc no lo procesara —Rebekah gimió. — Lo mataría si supiese que te hizo volver a un casamiento que no querías mantener.

Ella era inteligente, pero apenas estaba probando. No sabía todos los hechos.

—Rebekah, me alejé de Luc sólo porque quería un corte a aquella intrusión de Celine.

—¿Y lo conseguiste?

Era lo máximo que Ana podía admitir. Tuvo que esforzarse para no cruzar los dedos atrás de si de forma de suavizar la mentira.

—Si. —de repente, le pareció oportuno un cambio de tema. — ¿Juras que no aceptarás la invitación de Luc para cenar?

—Lo juro. No puedo soportar a aquel hombre.

—¿Jace?

—Si.

—¿Por qué?

Ana se acordó que los dos se habían encontrado en su casa, en otra ocasión en que Jace visitara Sydney.

Pero ellos no llegaron a tener nada. No que Ana supiese.

—¿Él dijo algo que no te gustó? ¿Fue poco delicado?

Era claro que había más allí de lo que Ana sabía.

—No. Sólo no quiero encontrarlo.

—Pero tienes que saber un porqué.

—Lo sé muy bien. Y ya no quiero explorar esos porqués.

—Tal vez debieras.

—No juegues a la amante psicóloga.

—No fue mi intensión.

—¡Oh, está bien! — Rebekah se fingió enojada. — Iré a esa cena. Al final, ¿por qué ahorrarme el placer de colocar a Jace Dimitriades en su debido lugar?

Ana apenas asintió. Estaba exhausta. Fueron muchos los acontecimientos en aquel día.

—Voy a llamar un taxi.

—¿Estás sin auto? Te llevo entonces Ana.

Luc estaba parado delante de la mansión, cuando llegaron.

—Listo, fuiste entregada a tu ángel de la guarda —Rebekah bromeó, despidiéndose con un beso rápido a su hermana. — Te veo de mañana. Y gracias.

—¿Por qué?

—Por ser tú misma.

Ana salió del vehículo, esperó hasta que Rebekah se alejase y se aproximó a Luc, sintiendo que él la examinaba.

—Estaba esperando tu llamada —dijo, un tanto amenazante.

—¿Por qué te llamaría si Rebekah se ofreció a traerme?

—Ya es tarde.

—Nosotros conversamos mucho.

Él estudió su rostro pálido y las ojeras bajo sus ojos.

—Deberías haber llegado más temprano.

—No hagas esto, Luc. No me digas algo que ya sé.

Todos los últimos acontecimientos, Celine, su padre, no poder ser totalmente honesta con Rebekah... Su cabeza no aguantaría más nada. Nada.

—Ve a la cama. ¿Quieres que te lleve algo?

“Sólo a ti. Como era antes. Antes que Celine reapareciese en escena.” Pero las palabras no fueron pronunciadas, y Ana meneó la cabeza, sintiéndose desamparada, a pesar del gesto cariñoso de él.

Daría cualquier cosa por creer que a su marido ella le importaba, y no apenas el bebé que cargaba en su vientre.

Se acostaron al mismo tiempo. Luc apagó la luz de la portátil y la empujó más cerca de él. Calló sus protestas con un leve roce de labios, que sólo la hizo quererlo más y más.

Lentamente, acarició todo su cuerpo, deleitándose con la suavidad de sus senos, causándole una intensa respuesta cuando trazó una línea

de fuego en su barriga, cuando exploró con dulzura la parte interna de sus muslos.

Luc la acariciaba con tanta delicadeza, mostrando conocerla tan bien, que sin poder contenerse Ana lloró sin reservas, en una mezcla de cansancio y emoción.

Luc sólo la abrazó por algún tiempo, besando, afectuoso, sus lágrimas de cuando en cuando, sin cuestionar nada.

De a poco, las caricias fueron reiniciadas y el llanto sustituido por la excitación. Todo lo que Ana quería era que él la poseyera con toda energía, para que nada más en el mundo existiese más allá de dos cuerpos unidos por la lujuria.

CAPÍTULO VII

—¿Está todo ahí, Harry?

Media hora habría sido suficiente, pero ya habían pasado dos.

Celine cambiaba de idea todo el tiempo. Estaba claro que aquello era una provocación, pero Ana mantenía su postura profesional, repitiéndose a si misma el mantra: *“El cliente siempre tiene la razón”*. Pero era difícil, ¡muy difícil!

Por fin, Celine pareció desistir, y aprobó el trabajo. Ana se dirigió entonces a la lavandería para salir en pocos instantes con su equipamiento en las manos: tijeras, cintas, potes vacíos.

—Estate bien atenta, querida —Celine le avisó, cuando ella se dirigía al hall. — Siempre juego para ganar.

—¿No importa quién se lastime?

—De ninguna manera.

—Y, claro, Luc es el premio.

—Puedes apostarlo.

—Sólo que te olvidaste de un ítem en tu estrategia, dulzura.

—¿Y cuál fue, angelito?

—El deseo de él.

—Tú aún no entendiste, ¿no? Hombres como Luc mantienen una amante sin el menor problema.

—¿Mientras la esposa se finge ciega a cambio de crédito ilimitado en su cuenta en el banco?

—Podría ser peor.

—Discúlpame, Celine, no es lo que deseo para mi vida, y mucho menos para mi hijo.

Celine diseñó con cuidado una sonrisa en sus labios.

—¿Entonces puedo considerar que el premio es mío?

—De forma alguna.

No era la mejor respuesta, pero Ana sentía que mantenía aún alguna dignidad al cruzar la puerta del zaguán del edificio y dirigirse al auto.

Llegó a casa tarde, pero el Mercedes de Luc no estaba en el garaje. Verificando su celular, encontró un mensaje de él, avisando que se encontraba en una reunión que, ciertamente, se extendería a la cena.

Petros también fue avisado.

—Preparé una sopa de legumbres, carne horneada y ensalada, sra. Dimitriades.

Oliver también vino a recibirla, muy festivo, enrollándose en su pierna y ronroneando, mientras Ana le acariciaba la oreja.

—Bajo en quince minutos, Petros. Voy a tomar un baño.

Esa vez, Ana resolvió cenar en el comedor. No quería ser

sorprendida en una posición tan frágil, como en la víspera.

Resolvió ver uno de los DVDs de su colección. Después del principio de la película, ya se sentía más relajada.

A las nueve, Petros le llevó un té, y enseguida se retiró a sus aposentos.

Después de un instante de duda sobre ver ó no otra película, Ana colocó a Oliver en la lavandería y subió a su suite.

Una cena de negocios. Ana quería poder ver lo que estaba pasando, quiénes eran los invitados.

De repente, sus manos se congelaron. Celine mencionó que quería la nueva decoración porque ofrecería una cena. No podía ser, Luc no podría ser uno de sus convidados. ¿Ó si?

Entretanto, la simiente de la duda fue plantada, y en la media hora siguiente el terreno fue bastante fértil.

Como podía ser terrible la imaginación, Ana ponderó, al volverse por centésima vez en el colchón. El reloj de cabecera marcaba las once.

Once y diez. Luc y sus colegas debían haber cenado muy despacio, y en aquel momento aún saboreaban un cafecito.

Ella lo mataría si descubriese que era uno de los invitados de Celine. En su mente, ya preveía la discusión que tendrían, las acusaciones que lanzaría contra él, y hasta incluso la lucha física.

Y entonces, colocaría alguna ropa en su maleta y esta vez saldría, de su casa y de su vida, para siempre, para nunca más volver.

Luc Dimitriades no vería a su hijo, y tampoco la vería más.

El sonido del teléfono la despertó de sus fantasías. Ana lo descolgó.

—¿Luc?

—Él pronto estará ahí, querida —Celine parecía encantada. — No te quejes que no te avisé.

Ana oyó el click del aparato siendo colgado, y puso el teléfono de nuevo en su lugar.

La ira se apoderó de ella de una forma tan fuerte que parecía que no cabria en su pecho.

¡¿Cómo pudo hacerle eso?!

La escena quedó muy clara. Luc conversando, distraído, con los invitados de Celine en la mesa, diciendo tonterías, sonriendo. Ó tal vez no hubiese invitados. Tal vez fue una cena para dos. Y después...

No. Ana no quería imaginar el después.

Luc le prometió fidelidad. ¿Podría romper su palabra? ¿Habría hecho eso?

"¡Cae en la realidad! Luc jamás lo admitiría".

Un pequeño ruido hizo que Ana casi parase de respirar. Después, la puerta del cuarto se abrió y se cerró, suavemente.

Evidentemente que él no encendió la luz. Segundos después, Ana

lo oyó sacándose la ropa. Ciertamente subió sin el saco. No era difícil imaginarlo desabotonando la camisa y colgándola en la percha. Los zapatos y las medias seguirían. Pudo oír el sonido del cierre, cuando él comenzaba a sacarse el pantalón.

Todo lo que restaba era el calzoncillo, que luego también sería quitado.

Luc siempre prefiriera dormir desnudo.

Por un momento, Ana pudo visualizar, sin que él lo notase, las formas masculinas. Su vigor, el pelaje oscuro de su tórax, los muslos firmes. El modo ágil como se movía.

No sabía si moriría de rabia ó de tristeza al imaginarlo tocando a Celine.

En los breves segundos que siguieron, varias escenas se formaron delante de ella. Sin que notase, contuvo la respiración cuando sintió a Luc metiéndose bajo las sábanas.

El rozar de sus piernas y el roce de sus brazos cuando se apegó a ella le causaron una reacción inmediata.

Con un movimiento brusco que lo tomó desprevenido, Ana golpeó su pecho con el codo y golpeó con ambos tobillos sus canillas.

—¡No oses tocarme! —ella gritó, furiosa, cuando él la abrazó procurando contenerla.

Luc era muy grande, muy fuerte, y Ana no podía escapar. Sus intentos de patearlo fueron contenidos cuando él prendió sus piernas entre las de él.

Con facilidad Luc rodó su cuerpo, levantándola junto con él, y con una de sus manos encendió la luz de la portátil.

Ana estaba linda en su furia, Luc decidió, estrechando los ojos. Sus cabellos sueltos y desarreglados, las mejillas muy rojas, los ojos color esmeralda soltando chispas que parecían querer rasgarlo en pedazos.

La corta camisola que usaba no cubría sus curvas atrayentes, y terminaba en el inicio de los muslos delgados y bien formados.

—¿Puedes decirme qué está pasando? —Luc exigió, con aspereza, sin soltarla.

Ana volvió a debatirse, buscando liberar las manos. Actuaba sin razonar, y apenas el ruido seco de la palma de su mano en el rostro de él la hizo despertar de su estado, registrando con horror lo que había hecho.

Los ojos de él se estrecharon con el susto. Los músculos faciales se pusieron rígidos, el centellear de la ira también en sus pupilas.

—¡Déjame ir!

—No en esta vida, pedhaki mou.

—¡Me estás lastimando!

—No. Estoy siendo extremadamente cuidadoso para no lastimarte. —no precisaba de mucho esfuerzo para restringir los

movimientos de ella y también para proteger su propio brazo cuando ella giró para morderlo. — Para con esto. Vas a acabar lastimándote, en serio.

—¡Cretino!

—Ten modos, muchachita. ¡Pero vamos! No es la primera vez que voy a una cena de negocios y llego tarde. ¿Por qué todo esto, esta noche?

Ana quería zamarrearlo, e intentó hacerlo, pero fue en vano.

—¡Como si no lo supieras!

El mirar de Luc estaba sombrío, y apenas en él su emoción quedaba clara.

—No soy tan tonto para preguntar lo que ya sé.

Ella hizo un intento frustrado más de liberarse.

—¡Te odio!

—¿Por qué? ¿Puedo saberlo?

La rabia de ella creció un punto más.

—Pasé varias horas en el apartamento de Celine supervisando la decoración que ella mandó y que tenía que quedar pronta para esta fecha, por causa de la cenar que daría hoy. —Ana lo encaró. — Hace veinte minutos, ella me llamó, avisando que tú ya estabas en camino.

Luc se quedó callado por un instante.

—¿Crees que estaba con Celine?

—Haz los cálculos.

—¿Crees que te mentiría?

Ella no respondió, no podría. Su voz parecía haber desaparecido.

—Ó peor. —él hablaba con mucha tranquilidad. Y aquello la asustaba. — ¿Saldría de la cama de ella para la tuya?

Gélido, encaró a Ana, sosteniendo su cabeza con ambas manos.

—¿Esperas que yo crea en lo que me dices, sin dudar nunca?

—¿Es tan difícil?

—¿Basada en qué? ¿En una fe inquebrantable? —Ana sonrió, con ironía. — Luc, por favor, no insultes mi inteligencia.

—¿Por qué yo buscaría otra mujer si ya te tengo a ti? ¿Quieres saberlo? Eso ya llegó demasiado lejos.

Luc se levantó de un salto, abrió la gaveta del escritorio y tomó la agenda de teléfonos. Segundos después, ya estaba discando uno de ellos.

Ana se juró a si misma que no lo escucharía, pero no había como ahogar el sonido de la voz de él.

Palabras duras, inflexibles y ninguna formalidad social. Fue este el tono que Luc usó, avisando, de forma que no dejaba margen de dudas, que, si aquello no cesaba, tomaría medidas legales.

Cuando volvió el teléfono al lugar, se giró hacia Ana y exigió:

—Quiero que me digas todo, Ana. Desde el comienzo.

—¿Sobre Celine?

—Todo. Cada indirecta, cada acusación... No dejes nada fuera.

Demoró mucho tiempo hasta que ella consiguiese hablar. Sus mejillas estaban pálidas cuando terminó.

—¿Fue eso?

Todo eso. Y aún aumentaría si contara el tono de voz burlón, las sonrisas maliciosas.

Luc quería vestirse, tomar las llaves del coche e ir hasta el apartamento de Celine, y presentarle una intimación para prestar cuentas de lo que hiciera. Pero, aún teniendo el poder suficiente para sacar a su abogado de la cama, jamás encontraría un juez que se dispusiese a firmar cualquier orden a aquella hora.

—Deberías haberme dicho todo esto antes.

—Pensé que lo había hecho. Por lo menos una buena parteo —Ana dijo, irritada.

—Ella no te volverá a molestar.

¿Quién podría apostar en eso? Dudaba que Celine se fuese a dar por vencida. Por el contrario, la venganza vendría pronto.

Luc volvió a deslizarse por debajo de las sábanas.

—No dejes de decirme más nada. —y recostó la boca en la de ella, provocándola para enseguida besarla.

Ana quiso protestar, pero fue dominada por un deseo fuerte, primitivo, que la calló por completo.

Ardiente, sensual, Luc la acarició hasta sentir que ella no luchaba más contra la lujuria. Por encima del fino tejido de la camisola, trazaba círculos suaves alrededor de sus pezones, causándole sucesivos escalofríos de arriba a abajo.

En el minuto siguiente, ya se tocaban por entero, sintiendo el calor que emanaba de sus cuerpos desnudos. Besándola con pasión, Luc la penetró lentamente, controlando su movimiento hasta dejarla agitada, deseándolo, enloquecida.

Con desesperación, Ana clavó los dientes en su hombro, sin conseguir ahogar los gemidos de placer que salían a borbotones.

—¿Entonces te gusta eso, eh?

¿Fue ella misma quien gritara tan alto, cuando él aumentó el ritmo y la profundidad de sus movimientos, llevándola al clímax, a un deleite descontrolado que la sacudió repetidas veces?

Ana no quería moverse, sentía que no sería capaz.

Descansó satisfecha en los brazos de su marido, que aún besaba su rostro y acariciaba su espalda.

Tiempo después, Luc se levantó, caminó desnudo hasta el ropero, tomó su billetera y sacó un boucher de tarjeta de crédito

extendiéndoselo a Ana.

—Es del Ritz, el restaurante del Carlton Hotel. Reservé una mesa para cuatro personas. —tomó el teléfono. — ¿Quieres que llame a Henri, el maître, y le pida que te cuente a qué hora salimos?

La fecha, la cantidad, las pruebas bastaban.

—Discúlpame...

No fue fácil decir eso. Y mucho menos encararlo a los ojos al decirlo. Pero ella lo hizo, y con firmeza.

Para alguien mal intencionado como Celine, no debía haber sido difícil sobornar un mozo para avisarle ni bien Luc salía.

—Claro que si.

CAPÍTULO VIII

Cuando vio el tránsito que enfrentaría, Ana supo que debía haber aceptado el consejo de Rebekah y dejado la tienda más temprano. No había como no llegar atrasada.

—¡¿Por qué yo?!

No obstante, nadie podría oírla. El tráfico paró. Por lo tanto, no iría a ningún lugar. ¿Para qué la prisa?

Luc quedaría muy contrariado. El evento de aquella noche sería un homenaje a un ex-presidente americano. Todas las personas con quien negociaba, todos sus colegas, estarían allí.

Incluida Celine. Pero no en la misma mesa, Ana suponía.

Verificó el reloj y titubeó entre llamar a Luc ó esperar que él la contactase.

Era mejor que llamase ella misma. Luc atendió al segundo timbrazo, y apenas oír el sonido de su voz ya alteró impresionantemente el efecto que él tenía sobre ella, aún a la distancia. Su corazón latía más fuerte, su respiración se aceleraba. Pensar en él hacía que imágenes eróticas, en ese mismo instante, se formasen en su imaginación.

—No voy a decirte que deberías haber salido más temprano de la tienda.

—Por favor, no lo digas. Estaré allí tan pronto esta fila de autos se mueva.

Al conseguir, al final, llegar a la mansión, Ana sabía que precisaría de un milagro para tomar un baño, vestirse y brillar, en menos de diez minutos.

En media hora, estuvo pronta. El corte del vestido escarlata hablaba por si mismo. Además, tenía los cabellos presos con un brillo mojado, un mínimo de maquillaje muy bien aplicado y pocas joyas.

Luc ya estaba pronto cuando ella salió de la ducha, y en aquel momento Ana se sentía insegura bajo su mirada. ¿Será que el vestido era muy osado? Se encantó con él ya en el manequín, y lo compró en un impulso. ¿Será que Luc lo aprobaba?

—Si estás esperando el efecto “¡Oh!”, con todos con la boca abierta, con certeza vas a lograrlo.

¡Éxito! Ana le dirigió apenas una sonrisa juguetona.

Luc estaba maravilloso con lo que quiera que se pusiera. Tenía un no se qué especial, que lo diferenciaría de otros hombres donde quiera que estuviese. Era difícil definir lo que era. Tal vez una mezcla de fuerza y alta estatura, el modo como se movía y hablaba. Parecía contener algo primitivo por debajo de una superficie educada. Su auto confianza, su magnetismo, un toque de arrogancia...

En fin, Luc sería el centro de las atenciones incluso de jeans y

camiseta.

Con una camisa blanca y la corbata negra, entonces, ¡quedaba simplemente arrebatador!

—Si no dejas de mirarme así, no iremos a ningún lugar.

Ana se sonrojó. Tomó en un segundo su cartera y se dirigió a la salida. Pero Luc la detuvo.

—Pero antes... —inclinó la cabeza para besarla.

No fue apenas un roce de labios, como previó ella. En realidad, se besaron con avidez, perdiendo mucho de su compostura.

Luc creyó haber hecho aquello apenas para aumentar la confianza de ella. Pero sabía que era una mentira.

El hotel estaba todo iluminado, la avenida, llena de autos esperando por los acomodadores, se desparramaban por todos os lados.

Les llevó un tiempo hasta que consiguieron pasar por el cordón de seguridad. Cuando consiguieran adentrarse en el salón principal, la gran mayoría de los invitados ya se había acomodado.

Los fotógrafos se encontraban bastante ocupados, capturando poses de la flor y nata de la sociedad para los periódicos y revistas de todo el país. Era hora de sonreír, Ana se dijo. Brillo y glamour, joyas carísimas, perfumes caros. El ruido de las conversaciones era alto, y Ana se quedó grata cuando Luc tomó su mano y la guió a la mesa reservada para ellos.

Se sentaron en el exacto momento en que las luces se apagaron para dar comienzo al discurso de apertura.

Enseguida, hubo un intervalo más. El asunto a su alrededor fluía fácil, los comentarios eran interesantes y variados. A pesar de estar atenta y participante, Ana se mantuvo muy conciente de la presencia de Luc a su lado.

En la víspera... No, no debía retornar a aquel momento, se alertó.

Pero era difícil no rememorar la rabia que sintiera y sus reacciones impensadas. Nunca golpeara a nadie en toda su vida. El mero recuerdo de lo que le hizo a Luc la avergonzaba.

Todo el día buscó alejar las imágenes de la pelea, y no fue tan complicado, visto que estuvo ocupada con los clientes y todas las tareas pertinentes.

Pero en aquel momento no era capaz de alejar de su memoria las acusaciones que hizo a su marido y el resultado de las mismas.

¿Cómo era posible odiar a alguien en un momento y, en el segundo siguiente, hacer el amor con él como si nada más en la faz de la tierra importase? Era como entrar en una caída emocional sin frenos.

Ana resolvió levantarse para ir al baño. Precisaba quebrar el

rumbo de sus pensamientos, sino Luc acabaría desconfiando.

Se paró delante del espejo para repasar el labial, aún inmersa en sus devaneos.

—Llorisquear en los oídos de Luc tal vez no sea la mejor estrategia, querida. —Celine, en su acostumbrada misión. No había dudas en cuanto a sus objetivos.

—¿Por qué dices eso?

—Vamos, por favor... Luc y yo no tenemos secretos el uno del otro.

¿Será que su mano tembló? Esperaba que no.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—¿Cómo qué?

—Como dejar de entrometerte en la vida de los demás. En la mía, en particular.

—¡No puedo creer que estoy entonces alcanzando mi objetivo contigo!

—¡Oh, lo estás si, Celine! Te estás entrometiendo de modo eficaz. —Ana hizo una pequeña pausa. — Es una pena que estés apenas agotando tu tiempo y energía.

—Luc está...

—...libre para escoger, Celine —dijo Ana, con un énfasis deliberado. — Y parece que ya me eligió a mí.

La expresión de la otra era de sarcasmo.

—¿Porque usas una alianza y espera un hijo de él? Querida, ¿cómo puedes ser tan inocente?

Guardando el labial en la cartera, Ana se dirigió a la puerta.

—No tengo más nada que decirte.

Dio un paso, y Celine le agarró el brazo.

—Sácame las manos de encima.

—Puedo enumerar un gran número de mujeres, aquí mismo en esta sala, que hacen la vista gorda a las aventuras de sus maridos.

—Pues no soy una de ellas.

Calmada, tenía que mantenerse calmada. Si perdiese la elegancia, ciertamente aquella discusión acabaría en una pelea de gatos.

Celine apretó un poco más las uñas en el brazo de Ana.

—Luc me llamó anoche, diciendo que no podría verme por algún tiempo, ya que tú estabas poniendo las cosas difíciles. —la sonrisa de ella cargaba un tono malévolo que era casi aterrador. — No fue un movimiento sabio...

Ana ya aguantó lo suficiente.

—Continúa con eso, Celine, y luego tendrás que responder ante la justicia.

—Luc jamás permitiría eso. —aflojó la presión en su brazo.

Ana fue hasta la puerta, pero se detuvo un instante.

—Puede ser que este sea un buen momento para decirte que yo estaba en el cuarto cuando Luc te llamó, ayer.

El ex-presidente ya dio inicio a su discurso, y Luc lanzó a su mujer una mirada demorada cuando ella se acomodó nuevamente en su silla.

El discurso fue seguido de aplausos entusiasmados, las luces volvieron a brillar, los mozos se apresuraron en servir el café y el postre.

—¿Estás bien, Ana?

—¡Adivina!

—No preciso. Celine te siguió al baño.

—Acertaste a la primera.

—Ustedes discutieron.

—¡Ah, tienes poderes psíquicos!

—¿Te amenazó?

—Bueno, ella no se queda detrás de ti.

Ana no quería haber sido tan cortante, pero percibió que lo fue cuando el mirar de Luc se volvió frío.

Él tomó su mano y entrelazó sus dedos a los de él, apretándolos firmemente, cuando ella intentó soltarse.

—Ya tratamos esto anoche.

—¿Estás seguro? Pensé que sólo habíamos tenido sexo.

—Eso también.

El mozo colocó tazas y platos en la mesa, y Ana informó que prefería té.

—Voy a llevarte a casa.

—No quiero irme aún, Luc. Escapar no es la solución.

—Y una discusión en público tampoco lo es.

Ana arqueó una ceja.

—¿Era eso lo que íbamos a hacer?

—Estate segura de eso.

Ella tomó un sobre extra de azúcar y lo colocó en el té.

—Preciso, entonces, acumular energía para la pelea.

—No me provoques.

—¡Estoy temblando! —ella le brindó una sonrisa encantadora.

—Muy corajuda... —el tono bromista con que él dijo eso hizo que la rabia de Ana llegase al tope.

—¿Qué más debo temer de ti? ¿Qué harías además de lo que ya hiciste?

La emoción traspasó el semblante de él, y Ana sintió un escalofrío de aprehensión recorrerle toda la espina.

—Cuidado, pedhaki mou.

Estaban casi yendo más allá de un diálogo civilizado. Por eso, Ana inició enseguida una conversación animada con otro invitado. Dos minutos después, Luc anunciaba que debían irse.

El rostro de Ana llegó a doler, tanto era el esfuerzo que hacía para sonreír, al caminar de una mesa a otra, despidiéndose de amigos y conocidos.

Pero, al dirigirse a Vaucluse, se mantuvieron callados.

Una vez dentro de la casa, Ana subió corriendo a la suite.

Luc encendió las alarmas y también se retiró, abriendo la puerta del cuarto en el momento en que ella intentaba, sin éxito, librarse de la gargantilla en su cuello.

Él colgó el saco en su lugar, como siempre, aflojó la corbata y desabotonó los primeros botones de la camisa. Sin demora, cruzó el aposento hasta Ana.

—Déjame hacer eso.

Ana sintió el roce de los dedos calientes en su piel, y tuvo deseos de alejarse muy lejos de allí. Pero aquello apenas echaría más leña a una hoguera que ya estaba bastante ardiente.

En menos de dos segundos, la gargantilla estaba suelta.

Luc la hizo volverse hacia él, para que Ana lo encarase.

—¿Aún quieres pelear ó podemos hacer una tregua?

—¡Quiero pelear!

—Está bien, el primer golpe es tuyo.

Ella cerró el puño y miró el pecho de Luc, apenas para sentir la rigidez y el vigor de los músculos lastimando su pulso.

—Lo correcto es que tus rodillas se doblen y que enseguida caigas al piso.

—¿Quieres intentarlo de nuevo? —él se estaba divirtiendo, y Ana no sabía qué estaba haciendo.

Con una mirada airada, masajeó sus dedos, que le dolían.

—No en este momento.

Luc colocó ambas manos en los hombros de ella, tomando cuidado para no enganchar sus cabellos. Enseguida, soltó el cierre de su vestido, que cayó de una sola vez, dejando frente a él sólo la lingerie de seda y encaje, que amoldaban sus curvas bien formadas.

El efecto que su cuerpo causaba en Luc era evidente. Por un momento él casi no pudo respirar, atento a la epidermis blanca y suave, a los senos firmes, a la cintura estrecha y esbeltos muslos.

Él tenía que tocarla, sentir aquellas formas en sus manos, sentir su sabor. Precisaba poseerla, sentir todo su calor.

Se inclinó para besarla. Esta vez, sin titubear, Ana acertó un golpe bien abajo de sus costillas.

—¡Eso es lo que se llama efecto sorpresa!

A partir de ahí, Luc la tomó en brazos, enojado, haciendo que

cruzase las piernas alrededor de su cintura. Sin soltarla, se sacó toda su propia ropa, manteniendo siempre su mirar preso al de ella, encarándola de un modo primitivo.

A través de la seda fina de la braga, Ana podía sentir la excitación creciente de su marido. Y, con apenas un movimiento, Luc empujó con los dedos la fina tirita que la cubría.

No había ninguna sombra de control ó de medida en las actitudes de él. Apenas una pasión electrizante, el deseo que precisaba ser satisfecho.

La penetró de una sola vez. Su impulso fuerte y acompasado hacía ansiar a Ana, queriendo más y más.

—Luc... —ella casi no pudo hablar cuando una fuerte sensación de placer explotó dentro de ella y la hizo contraerse repetidas veces.

Cuando pensó que no podría aguantar más, Luc se dirigió a la cama y se acostó encima de Ana, en el colchón. Una vez más ella entró en éxtasis, el gemido deleitado ahogado por la boca de Luc, que tomaba la suya con pasión, como si se tratara del acto sexual.

Cuando el clímax llegó, él la abrazó fuerte, y así permanecieron por un largo tiempo, sin moverse, oyendo los latidos de sus corazones, que de a poco volvían a calmarse.

—Despierta mi ángel.

Ana registró la voz de Luc y lo que decía, y abrió los ojos apenas un poquito.

Era el domingo de mañana. No tenía que ir a la tienda, y no sentía el menor deseo de salir de la cama a las... ocho, constató, consultando su reloj.

Mirándolo con más atención, percibió que su marido ya se había duchado, y vestía un jean desbotonado y una camiseta. Parecía revitalizado, y pronto para sacarle la paz a cualquier mujer que lo viese. Sobretodo a ella.

—Es mejor que tengas una buena razón para sugerir que me despierte a esta hora.

Luc indicó la bandeja en la mesita a su lado.

—Té con tostadas. Y frutas.

Ana se sentó. Al notar que estaba desnuda, procuró desviar la atención de él, mientras se cubría.

—¿Fuiste tú quién preparó todo esto?

Luc se sentó en el borde de la cama.

—No te quedes tan sorprendida.

—Gracias. —los labios de ella se curvaron en una sonrisa suave. —Sólo no entiendo porqué me quieres fuera de la cama, en vez de intentar mantenerme adentro. ¿Qué planeas?

—¿Un paseo en barco que dure todo el día?

Ana casi no contenía su excitación, y respondió de pronto:

—¿A qué hora quieres salir?

—Tan pronto estés lista.

Ella estaba colorada, sus ojos, brillantes y profundos. Luc quería pasar todo el tiempo posible con Ana, para intentar sanar todo el mal que Celine pudiese haberle causado.

—¿Vas a quedarte ahí sentado viéndome comer?

Luc se mostraba muy relajado, y aún así tenía un aire sensual que le movía el piso a Ana.

—Ya tomé mi desayuno.

Ana terminó el té y las tostadas, peló la banana y se la comió también.

—Preciso un baño.

—Te espero abajo. ¿Veinte minutos?

En quince Ana ya estaba pronta. Jeans, un top y un abrigo fino para protegerla de la brisa del final de la tarde.

El cielo era de un azul maravilloso, ninguna nube a la vista. El calor del verano se hacía sentir cuando llegaron al puerto.

Después de una semana tan difícil, la idea de pasar todo el día en el mar, en la comodidad del barco de Luc, le parecía un sueño.

En pocos minutos, él ya encendía los motores y dirigía mar adentro. Ana se mantuvo a su lado, admirando el borde de piedras que avanzaba hacia el océano, cubierto de lujosas mansiones, muchas con muelles.

Apenas se oía el barullo de los motores.

—¿Vas a buscar a tu primo al aeropuerto?

Luc le dirigió una rápida mirada.

—El avión de Jace llegará tarde. Él tomará un taxi hasta el hotel, y me llamará de mañana.

Había otras preguntas que a Ana le gustaría hacer, pero resolvió dejarlas de lado. No quería nada que pudiese quebrar la armonía que vivían.

El sol se puso más alto en el firmamento, el agua reflejaban su luz. Ya cerca del mediodía, Luc apagó los motores y tiró el ancla.

—Hora del almuerzo. ¿Quieres comer aquí afuera ó en la cabina?

—Aquí mismo —dijo Ana, sin titubear, corriendo a ayudarlo con el jugo helado que colocara en el freezer.

Petros se tomó mucho trabajo, ella notó, cuando vio que Luc arreglaba un suculento jamón, varias ensaladas, salpicón de pollo, varios tipos de pan fresco y frutas. Era un banquete, Ana decidió, mientras organizaba platos y cubiertos, y se acomodaba en la silla tapizada.

Luc llegó por el lado opuesto, trayendo la bandeja con el salpicón,

en visible alegría.

Sin querer, Ana se transportó a la semana anterior, acordándose de las emociones tan ambivalentes que sufriera.

¿Será que Luc habría ido a buscarla si no hubiese descubierto que esperaba un bebé? Y si ella hubiese insistido con la idea del divorcio, ¿él habría luchado para que se reconciliasen ó apenas llamado a su abogado?

Ana quería esas respuestas, pero no tenía el coraje de hacer las preguntas. ¿Y si lo que dijo Luc no fuese lo que él diría?

¿Será que ella realmente le importaba a su marido? ¿Ó era tan sólo una esposa conveniente que satisfacía sus deseos?

En la cama, tenían un acuerdo perfecto. Lejos de ella, Ana pasaba las horas intentando convencerse que estaba feliz con su estatus.

Días antes imaginara que tenía elecciones y opciones. En aquel momento, sabía que eso no era verdad.

—Si.

Los ojos de ella se estrecharon por detrás de los lentes de sol.

—¿Estás leyendo mis pensamientos?

—Puedo leer tu expresión. Si... Yo habría ido a buscarte a Sydney. Y no... —Luc continuó, con extrema suavidad. — No sólo porque descubrí que esperas a mi hijo. Ó por alguna forma de venganza porque tu padre se apropiara indebidamente de los fondos del banco.

¿Será que osaría creerle ahora? Quería tanto poder hacerlo...

El llamado del celular se entrometió en aquel segundo de una forma bastante inadecuada. Ana demoró un poco para percibir que era su propio aparato.

No reconoció el número, y se espantó cuando, al oír el recado, supo que era de William, que llegara a Nueva York sin problemas, y resolvía pasarle el número de teléfono y la dirección del hotel donde estaba hospedado.

Ana llamó a Rebekah, para contar las novedades. Enseguida, arregló los restos del almuerzo, y Luc volvió a encender el motor para dirigirse a Botany Bay.

Estaba tan caliente que Ana resolvió quedarse sólo de bikini, cubriendo cada centímetro de piel con un filtro solar potente. Se acostó sobre una toalla y permitió que el aire marino hiciera su magia.

Debía haberse dormido, porque cuando volvió a abrir los ojos, el astro rey ya estaba mucho más bajo en el horizonte. Aún hacía mucho calor, pero Ana resolvió vestirse antes de levantarse.

Los motores estaban silenciosos, y ella localizó Luc acostado en una reposera, leyendo una novela. Ni bien la vio, dejó el libro de lado.

—¿Pronta para volver?

—Si. Gracias.

Una pequeña sonrisa surgió en los labios de él.

—Podemos salir más tarde, para cenar.

La idea de tener que arreglarse no le agradó.

—¿Por qué no compramos alguna cosa y cenamos en la mansión?

—¿Algo en particular?

—Tallarines con legumbres, camarón y arroz. ¿Qué tal comida china?

—Hecho.

Ella lo miró, espantada.

—¿No vas a estar en desacuerdo conmigo?

—¿Por qué lo haría? —Luc adoró ver el brillo de alegría en los ojos de ella.

—Está poniéndote muy tolerante.

—¿Y eso es tan terrible? —la provocación de él la hizo reír. Ana casi podía imaginar que estaban como en sus primeros días de casados, antes de pensar que sería apenas alimentar ilusiones.

Pero había una parte de ella que deseaba demasiado volver a lo que ya habían vivido: al afecto, al cariño, al clima de bromas, la espontaneidad. Al amor sin inhibiciones, cuando no había dudas ni inseguridades.

Eran casi las seis de la tarde cuando dejaron el puerto. Luc paró en un restaurante chino conocido, y pudieran comer arrolladitos primavera, sentados en una mesa en la terraza de la mansión.

Oliver se sentó junto a ellos, siempre a la expectativa que algo pudiese ser derribado sin querer al piso.

Después de eso, vieron la puesta de sol, los rayos naranjas titilaban y de a poco se iban mezclando a los rosados.

Fue un día perfecto, y Ana no quería de forma alguna que llegase a su fin. El martes, volvería al trabajo, y de noche cenarían con Rebekah y Jace.

No debería olvidarse de Celine. Aquella mujer estaba siempre a la espera, pronta para atacar a la menor oportunidad.

CAPÍTULO IX

El martes fue un día lleno, y ni Ana, ni Rebekah tuvieron un sólo minuto de descanso en Flores & Buqués.

Ya pasaba de las seis de la tarde cuando consiguieron cerrar. El tránsito para Vaucluse era intenso, aún más lento que lo usual.

Luc se encontraba a pocos metros adelante de Ana en la calle, y ella siguió al Mercedes al garaje, bajando del automóvil.

—Estás atrasada.

Percibiendo el tono de desaprobación, Ana forzó una sonrisa.

—Bueno, entonces tú también lo estás.

Una pequeña sonrisa se esbozó en los labios de él. Colocó la mano detrás del cuello de ella y la empujó más cerca de él.

—Tienes una lengua felina, muchachita. —inclinando la cabeza, le dio un beso provocante, que la hizo flotar.

—¿Por qué esto, ahora?

—Porque tuve ganas. —Luc trazaba con el pulgar la línea de los labios de ella.

¿Será que él tenía idea de lo que el simple gesto le causaba? En la cama, Ana no tenía la menor duda de que si.

Pero, ¿y fuera de ella?

Apenas pensar en él ya hacía que su sangre le corriese más rápido en las venas. Química sexual, ella siempre se decía, era una entidad poderosa. ¿Pero y el amor? ¿El encuentro de un alma gemela a quién entregar sin reservas el corazón? ¿Será que era algo imposible de alcanzar en la vida real? ¿Será que ese tipo de sentimiento sólo existía en fantasías románticas?

Cuando se casara con Luc, Ana sabía que el amor no formaba parte del trato. Pero en el fondo deseaba muy que eso cambiara.

—¿En qué estás pensando?

Ana pestañeó al oírlo, y se transportó de sus reflexiones al presente.

—Estaba sólo imaginando lo que puede pasar entre Jace y Rebekah.

Luc pasó un brazo por sus hombros, y se dirigieron al hall.

—Garanto que Jace no precisará de mucho esfuerzo para endulzarla.

"¿Cómo tú haces conmigo?" Ya subiendo las escaleras, mientras Luc paraba para conversar con Petros, Ana afirmó apenas:

—Rebekah no estaría de acuerdo contigo.

El barullo del agua no permitió que ella notase que la puerta se abría. Se llevó un susto enorme cuando Luc abrió la puerta de la mampara de la ducha.

—¡¿Qué crees que estás haciendo?!

Él tomó el frasco del acondicionador de las manos de ella y vertió una buena cantidad en sus propias manos, comenzando a masajear sus cabellos.

—Mimándote un poco.

La entonación sensual con que dijo eso colocó los nervios de ella a flor de piel.

—No preciso esto, Luc.

Las manos de él pasaron por su cuello, y entonces fue como si un roce mágico se desparramase hasta sus hombros.

Toda ella se calentó, su pulso se aceleró.

Luc la colocó debajo de la ducha, refregando con cuidado su cabellera, y con delicadeza recostó su boca en la de ella, con movimientos rápidos y provocantes. Ana se apegó a él sin poder contenerse, la lujuria crecía.

La excitación de Luc fue instantánea. Ana sentía la fuerza de su virilidad encontrándose con ella. Gentil, él se alejó un poco y tomó sus brazos, su mirada paseando por todas las perfectas curvas, apreciando su formas redondeadas.

Su hijo estaba allí, dentro de ella. Aquello lo embriagaba. Era un milagro, una maravilla.

Ya podía percibir la diferencia en el tamaño de los senos de Ana, en los pezones... Trazando su contorno con cariño, los apretó con suavidad con la punta de los dedos.

Dejó que una de sus manos se posara en la barriga de ella, imaginando cuanto tiempo demoraría hasta que comenzase a crecer. ¿Algunas semanas más?

—Luc...

—Quiero mirarte.

—No...

—¿No qué?

—Nos vamos a atrasar.

Él sonrió, divertido.

—Entonces nos vamos a atrasar.

La protesta murió allí mismo. Ana sentía que algo mágico empezaba a tener inicio. Con certeza podría ser perdonada por querer prolongarlo.

—Rebekah no me va a perdonar.

Ana gimió alto cuando, sin aviso, los dedos de él se deslizaron por su vientre, posándose directamente en el punto más sensible de su anatomía. Todo lo que Luc precisó hacer fue mover un poco los dedos, y ella se olvidó de todo... para ser apenas de él.

Nada más importaba. Apenas aquel hombre, aquel momento.

Era hasta posible imaginar que todo estaba bien en su mundo. No

había intrusos, no había amantes, y ningún fantasma de la primera esposa de su marido haría alguna interferencia en la perfección del momento que compartían.

Más tarde la realidad volvería. Pero, en aquel instante Luc era sólo de ella, sus sentidos, su afecto. ¿Sería tan equivocado querer todo? ¿Su corazón, su alma?

Ya eran casi las ocho cuando llegaron al restaurante, y Ana sintió la tensión en el aire incluso antes de aproximarse a la mesa.

—Ana... —Jace se levantó y la saludó con un abrazo afectuoso. —Estás linda, querida. Si ya no estuvieras casada con mi primo, no tendría pudores en robarte de sus brazos.

Los ojos negros tenían un brillo malicioso.

—Si Luc te maltrata, me puedes decir que lo mato.

—Galanteador... —Ana esbozó una sonrisa encantadora, sentándose en la silla que el mozo le ofrecía.

La semejanza entre los dos primos era notable. Tenían la misma altura, los mismos hombros largos, ojos negros. Poder y un aire salvaje, una combinación explosiva.

¿Cuál sería la diferencia de edad entre ambos? Uno ó dos años apenas, ciertamente.

—Sabías que no quería estar sola con él —Rebekah susurró, mientras Luc y Jace escogían los vinos.

—Estoy segura que supiste lidiar muy bien con la situación.

Dada la expresión pensativa y al mismo tiempo divertida de Jace, no era difícil imaginar que él tuvo éxito en irritar a Rebekah.

—Bien, cuéntenme como les está yendo con la florería —Jace pidió, su mirar vivaz, atento.

—Estuve fuera algunas semanas. Rebekah puede darte más detalles, porque está más involucrada con la tienda en este momento.

—¿Para qué? —Rebekah reaccionó de pronto. — Dudo que Jace esté realmente interesado.

—¡Lógico que lo estoy! Me intereso por todo lo que haces.

Ana preveía una discusión poco amigable aproximándose.

—Oh, ¿en serio? —Rebekah lo encaró con ironía.

Quien la viese diría que no le estaba importando el clima pesado, pero Ana conocía muy bien a su hermana. La cuestión era saber si Jace también podría hurgar por debajo de la máscara.

—¿Quieres oír que el día de una florista comienza a las cuatro de la mañana, cuando ella va al mercado de flores? ¿Y que, si llega después de las cinco, los mejores pimpollos ya fueron vendidos? —ella levantó las manos. — Y que estas son nuestras principales herramientas.

Rebekah les dirigió una mirada desanimada.

—Ellas se quedan en el agua, son cortadas y rasgadas por las espinas, y tienen callos permanentes. Los guantes nunca funcionan, ó son muy pesados ó muy finos, y las cremas no consiguen contener los daños. ¿Manicuras? ¡Jamás! —los miró a todos, con cinismo. — ¿Quieren más?

—Te olvidaste mencionar que tienes que estar de pie todo el día, y también lidiar con los clientes más difíciles. ¿Y los pedidos para direcciones que no existen? —Jace bromeó.

Rebekah prefirió quedarse en silencio, y Ana sabía muy bien cuanto eso le costaba.

La comida por lo menos estaba maravillosa, y fue un placer para Ana degustarla.

—¿Hasta cuando te quedarás en Sydney?

—Sólo lo necesario para negociar algunas propiedades. ¿Luc te dijo que pretendo llevarlo a Melbourne dentro de dos días, Ana?

—Aún no.

Jace sonrió, malicioso.

—¿Puedes aguantar estar sin él algunas noches?

—Con facilidad.

Luc tomó la mano de ella y la llevó a sus labios.

—Esperaba que dijeras que no.

Los iris negros tenían un brillo afectuoso, sensual, que hizo que su pulso se acelerase en ese mismo instante.

—¿En serio?

Jace, sonriendo, brindó con Ana.

—¡Salud! ¡No conozco otra mujer que osaría colocar a Luc a prueba!

—Esa es la especialidad de ella...

—Date por feliz, primo.

Ana percibió una mirada expresiva de Rebekah, y resolvió llevar la conversación para un terreno más amistoso.

—Podemos cenar e ir al cine mientras Luc esté fuera.

—¿Jueves de noche?

—Hecho.

—¿Tengo derecho a una palabra? —Luc preguntó, con un modo blando.

—¿Hay como escapar?

—Deja que Petros las lleve, querida.

—No seas ridículo.

—Puedo ir sin el auto —Rebekah sugirió, queriendo tomarse un respiro.

—¡Excelente! Al final, Petros también es nuestro chofer.

—Recuérdame de darte un golpe cuando lleguemos a casa —Ana dijo en tono bromista, pero la expresión era bastante seria. *

—Entonces le voy a hacer justicia a él.

Ana no podría ganar, ¿por qué intentarlo? Aún así, la batalla volvió el clima más ameno, y la noche no dejó de ser agradable.

Ya pasaban de las diez cuando salieron del restaurante y volvieron a la mansión.

—¿A qué hora irás para Melbourne?

—¿Ansiosa por verte libre de mí, pedhaki mou?

—¿Preciso responder?

No había como no atacarlo. Aunque no fuese el deseo de Ana.

Cuando se acostaron, ella no protestó cuando Luc la abrazó, manteniéndola pegada a él.

Luc besó su nuca, trazando un trillo sensible hasta poder mordisquear su oreja.

Ella adoraba sentirlo, pegarse a ese pecho largo, cuerpo vigoroso. Luc la hacía sentirse viva, como ningún otro hombre jamás lo consiguió. El sexo entre ellos era lo mejor. Increíble. Por algún tiempo ella se sintió eufórica, por estar allí, abrazada al dueño de su corazón y su alma.

Ana se volvió al oír el sonido de la campanita de la puerta de la tienda.

—¡Jace! —y le brindó una sonrisa muy afectuosa. — ¡Que bueno verte!

Él le besó la mejilla.

—También es bueno verte, Ana.

—¿Nos estás visitando por negocios ó diversión?

—Las dos cosas.

—Rebekah salió, pero volverá en pocos minutos.

—Entonces, voy a esperarla.

—Sabía que dirías...

—¿Soy tan transparente?

Ana inclinó un poco la cabeza, fingiendo reflexionar.

—Eres un Dimitriades. Transparencia no es una de tus cualidades. Buscar desafíos, si. —y continuó, en un tono autoritario: —Ten cuidado con mi hermana.

—¿Si no vas a pelear conmigo?

—Puedes contar con eso.

—Me considero advertido.

—No creo que me vas a dar alguna pista en cuanto a tus intenciones...

—No.

—¡Vamos!

Jace alejó una mecha del rostro de ella.

—Puedo entender porqué mi primo colocó una alianza en tu dedo.

—¿Y por qué habrá sido?

—Para dejarte fuera del alcance de otros hombres.

—En ese caso, él precisa recordarse que también coloqué una alianza en su dedo.

Jace se quedó serio.

—¿Problemas, Ana?

El teléfono proporcionó una interrupción bienvenida. Ana anotó el pedido, el número de tarjeta de crédito y saludó a un cliente que pasaba por la calle.

El retorno de Rebekah coincidió con otro llamado telefónico, y el asunto con Jace no fue retomado.

Ana resolvió atenderlo, percibiendo que Jace había hecho un pedido de flores para Rebekah. Por lo menos dos docenas de rosas, Ana percibió por el tamaño del papel celofán que Rebekah extendió sobre la mesa, posicionando en él los pimpollos, con todo cuidado.

Ni bien Ana colgó el teléfono, un hombre entró no establecimiento. Eligió uno de los arreglos ya preparados, pagó por él y volvió a salir.

Ana consultó el reloj de la pared. El muchacho que haría las entregas ya llegaría, y los pedidos precisarían estar prontos.

Lo que quiera que estuviese pasando entre Rebekah y Jace llegara a su fin, y ella respondió a la despedida de él con una sonrisa, observándolo pasar por la puerta.

—Ese hombre... —Rebekah comenzó a recargarse, juntándose a Ana en la mesa.

—¿Qué pasa con él?

—No entiende la palabra no.

—¿En serio?

—¿Vise lo que Jace acaba de hacer? Compró un ramillete, pagó por él, escribió una tarjeta, ¡y me lo entregó a mí!

—Una actitud imperdonable... —Ana bromeó. — ¿Y qué decía la tarjeta?

—“Te paso a buscar a las siete para cenar”.

—Y es obvio que no vas a ir.

—¡Claro que no!

—Y no estará aquí cuando él llame.

—Acertaste.

Ana colocó un buqué más al lado, tomó el próximo pedido y comenzó a prepararlo.

—Tal vez debieras cenar con Jace...

—¿Estás loca?

—...y decirle todo lo que piensas de él —Ana continuó, ignorando la protesta de su hermana.

—Si yo no supiera que te importo... —Rebekah la encaró, con ironía. — ...creería que quieres que salga con el primo de tu marido.

—No todos los hombres son como Brad.

—Aún mejor. Pero no seré yo quien lo compruebe.

—Jace es...

—¿Un buen sujeto? ¡Vamos, Ana! La mayoría de los muchachos tienen una fachada civilizada. Al principio. No en tanto, cuando el sol se pone... se transforma en polvo. Y no voy a estar con alguien sólo para satisfacer tus deseos.

—¿Pretendes encerrarme en una torre para no correr riesgos?

—Eso mismo.

Mejor no responder, Rebekah ya sabía todo lo que diría.

—Está bien.

—¡¿Cómo?! ¿No me darás ningún sermón?

—No.

—Me estás decepcionando, Ana.

—Si quieres pelear, busca a otra persona.

—¿Cómo Jace? ¿En la cena?

Ana escondió el rostro para no sonreír, observando a su hermana, que cortaba los pimpollos que Jace le regaló en numerosos pedazos.

—Las flores no tienen la culpa de tu rabia.

—No, no la tienen. —interrumpió lo que hacía. — Voy a colocarlas de nuevo en la heladera.

—Jace pagó por ellas.

—¿Y entonces? ¿Sólo debo dejarlas donde están?

—Llévalas a casa.

Rebekah la fusiló con la mirada.

—¡Llévatelas tú!

—El regalo es tuyo.

—Van a volver a la heladera.

Ana hizo una pausa, para después decir, con toda calma:

—No permitas que un error del pasado te saque la oportunidad de ser feliz en el futuro.

—¿Con Jace Dimitriades? ¡De verdad que estás loca!

—Jace... Ó cualquier hombre.

Rebekah abrió la boca para hablar, pero la cerró de nuevo.

—Considerando lo que viví con Brad, antes y después del casamiento, ¿estás sugiriendo que me zambulla en aguas infectadas de tiburones una vez más?

—Los tiburones son peligrosos.

—¿Y Jace no?

—Si lo fuera, sé muy bien que tú también tienes buenos dientes.

Rebekah apretó las manos y suspiró, sonriendo enseguida.

—Me rindo.

—Además, si lo muerdes, podrás saber qué gusto tiene.

La campanita de la puerta sonó al mismo tiempo que el teléfono.

Negocios, Ana reconoció, eran la prioridad en aquel momento. Pero no pudo dejar de pensar que tal vez Jace Dimitriades fuese a quien Rebekah precisaba para reestablecer un poco de su fe en los hombres.

Estaban en medio de la tarde cuando Ana oyó su celular, que atendió al segundo llamado.

—Hola, Luc.

—¿Qué te parece ir al cine esta noche?

—¿Estamos hablando de un evento de gala ó de una película tranquila en un local pequeño?

—Una première, en los Estudios Fox.

Si, sería una noche de gala.

—Lo había olvidado —Luc se justificó. — Caroline me lo recordó, esta mañana.

La secretaria ultra-eficiente, que controlaba toda la agenda de Luc.

—¿A qué hora precisamos salir?

—A las siete. Petros servirá la cena a las seis. Intenta no atrasarte.

Esta vez Ana consiguió irse en hora. En parte por la rapidez de Rebekah, en parte por la funcionaria que contrataron para ayudarlas.

Escoger que ponerse no fue difícil. Ana sacó del ropero un vestido que le caía muy bien, acentuando sus formas bien hechas. Lo extendió sobre la cama y paró para admirar el brillante tono azul verdoso. Era como si tuviese una luminosidad propia. Perfecto para la noche, acentuaba el color de sus cabellos y destacaba el verde de sus ojos.

—¿Cuál es la película? ¿Quienes son los actores? —Ana quiso saber, de camino a los estudios.

—La actriz principal es una americana, criada en Australia, así como el productor.

Ana recordó haber leído la propaganda en el periódico y algunos trailers en la TV. Prometía ser un filme interesante y divertido.

La presencia de Celine era garantizada, visto que todas la sociedad habían sido invitada. Ana sólo esperaba que hubiese una buena distancia entre sus lugares.

El juego social era un arte refinada, Ana pensaba, cuando uno de los invitados llamó por Luc. Hubo el acostumbrado intercambio de gentilezas, las opiniones ocasionales sobre negocios y la necesidad de memorizar varios nombres.

Tenía de felicitar a Luc. Su marido siempre salía muy bien.

—Tienes una memoria envidiable —Ana murmuró, al dirigirse a sus lugares.

—Es un talento adquirido.

—Parte de los negocios. —ella no deseaba haber colocado ese cinismo en su voz.

—Una cortesía esencial —él elaboró, su mirada volviéndose más seria cuando percibió que Ana apretaba la correa de la cartera. — Prometo que ella no se aproximará a ti.

Al escuchar aquello, Ana casi se sintió protegida.

—¿Pretendes estar a mi lado toda la noche?

—Como pegamento.

—Esto puede ser bien interesante...

Los dedos de él se entrelazaron a los de ella.

—Estoy contando con eso.

—¿Vamos a soportar todo juntos?

La expresión de él fue seria por un segundo, y ella pudo percibir su fuerte determinación.

—Si.

Ana no imaginaba cuan junto a ella estaría Luc. Todo el tiempo, pudo sentir el roce suave en su brazo, ó enlazándola de su cintura, el modo como la mano de él le hacía masajes en la nuca de cuando en cuando, como su palma descansaba en sus hombros y la acariciaba.

La sensación de seguridad que Luc le transmitía, mientras conversaban con los demasiados invitados, era reconfortante, y Ana deseaba mucho que fuese real.

Se sentía viva con las sensaciones que el roce de él le provocaba. Podría jurar que la sangre corría más rápido en sus venas y todos sus nervios eran activados.

Luc la completaba, eran dos mitades que formaban un todo perfecto. Sólo él era su alma gemela, nadie jamás podría substituirlo.

Amor. Incondicional. Un regalo que no tenía precio.

Y si fuese recíproco, entonces... Sería el paraíso en la tierra.

Ana se sorprendió con el beso suave y repentino de él en su boca, y no pudo contener la emoción que ese mirar impenetrable le causó.

Por un momento, se sintió vulnerable y se mordió el labio, intentando evitar que temblase.

¿Será que su marido notaba lo que ella intentaba desesperadamente esconder?

Con el pulgar, Luc trazó el rostro de ella, y después la besó repetidas veces, haciéndola casi implorar para que no parase más.

Su voz emergió como un ronco susurro:

—¿Por qué esto?

La sonrisa simple de él la desarmó.

—Porque quise.

Por algunos segundos, Ana dejó de notar todo a su alrededor. Sólo estaba Luc y ese momento.

Observó su fuerza, su integridad... ¿Será que su pasión la hacía imaginar todo aquello?

"Compórtate", se ordenó a si misma, pestañeando rápido para liberarse del encantamiento. Luc estaba tan sólo desempeñando su papel.

Queriendo desviar el foco de su atención, Ana observó el salón. Allá estaba Celine, con sus ojos fijos en ellos.

La envidia estaba reflejada en su semblante. Su odio resplandecía a quien quisiese verlo.

Todo paró de repente, y Ana, sin darse cuenta, contuvo la respiración. Llevó una mano a su garganta por un segundo, y enseguida tocó su gargantilla de diamantes, manteniendo el brazo frente a ella en un gesto de autodefensa.

¿Cómo era posible que una persona cargara un aura tan maligna? ¿Ó estar poseída por una obsesión que sólo traía destrucción?

Ana sintió un escalofrío de aprehensión corriendo por su espina. ¿Sería una premonición? ¿Pero cuál? ¿Y dónde, cuando?

Estaban en una sociedad civilizada, y Celine formaba parte del círculo de elite de Sydney. ¿Qué daño podría causar?

Una cosa era sentir envidia, celos. Otra era transformar esos sentimientos en actos.

—¡Ana! ¡Luc! Que bueno verlos aquí.

Ana reconoció la voz femenina y se esforzó en estimular aún más una conversación con otro invitado, que era famoso por dirigir instituciones de gran importancia social. Él hablaba sobre un gran evento que realizarían el próximo mes.

—¿Has pasado bien, querida?

¿Una pregunta políticamente correcta? ¿Cuál su verdadera intensión?

Por suerte, fue interrumpida por el anuncio de que los actores de la película pronto llegarían al auditorio.

La alfombra roja, las luces extras, la gente seguridad ya se posicionaba. Todo formaba parte del glamour de aquel evento.

De una sola vez, los invitados caminaron hasta la alfombra roja, para esperar la llegada de los VIPs. Al sentir que Luc la abrazaba, Ana se aproximó aún más a él.

Experimentó el aliento cálido bien cerca de su rostro, y, cediendo a la tentación, se apegó aún más a su marido, adorando el modo como su brazo la apretó aún un poco más.

Pegada a Luc de aquel modo, podía hasta fingir que su matrimonio

estaba bien. Que él la adoraba y que nadie conseguiría interponerse entre ambos.

Una agitación se apoderó de los presentes y el primero de los actores entró en el auditorio, seguido de cerca por los otros.

La actriz principal, sola, ya era un show. Con un vestido increíble, un cuerpo maravilloso, una maquillaje requete bien aplicado, tenía un brillo despampanante.

Todos sabían, las revistas publicaron, que ella pasara hacía poco por una serie de problemas emocionales, pero nada se notaba detrás de su sonrisa, por el modo seguro con que caminaba, saludando a todos los que estaban allí para verla.

Ana la aplaudió por su imponencia, y sobretodo por el modo como consiguió mantener su vida personal fuera del alcance del público.

El actor principal la seguía, encantador, saludando a la altura de su papel en la máquina de la publicidad: hacer que las mujeres suspirasen. Todo el equipo se encontraba allí, y siguieron a los lugares reservados a ellos, lo que impulsó a los invitados a retornar a sus propios asientos.

Celine, Ana percibió con alivio, se sentara tres hileras a la izquierda de ellos. Se sintió entonces relajar cuando las luces se apagaron y comenzó la película.

Ana estuvo muy conciente de la proximidad de Luc durante todo el tiempo. El calor de su mano que sostenía la de ella, las miradas y sonrisas que intercambiaban en las escenas graciosas.

La trama atrapó la atención de todos, su calidad era excelente. Duró dos horas, y fueron muchos los aplausos cuando la línea de créditos comenzó a rodar.

Ana se sentía bien, tranquila. Las personas comenzaron a dirigirse al salón, donde se servía champagne, café y té. Todos intercambiaban comentarios sobre la película y recordaban las escenas más marcantes.

¿Será que Celine se aproximaría a ellos? Parecía imposible imaginar que no lo hiciese, y Ana resolvió tomar un trago de té, casi esperando el momento en que ella se entrometería.

Varios minutos siguieron, y no hubo señal de ella. No era posible. ¡Celine no perdería una oportunidad de aquellas!

—¿Podemos ir?

Ana encaró a Luc e inclinó la cabeza en su dirección.

—Cuando quieras.

Demoró bastante hasta que consiguieron dejar el auditorio... Y ni señal de Celine. ¿Será que ella se había ido?

El Mercedes siguió su camino por las avenidas, y Ana se permitió pensar en Rebekah y Jace Dimitriades. ¿Se habrían entendido? Ana anhelaba eso. Sólo al día siguiente, no obstante, estaría a la par de los

detalles.

Ya en su cuarto, Luc la ayudó a sacarse el collar con extrema delicadeza. Acarició su rostro con los labios, como si quisiese probarlo, sentir su sabor, guardarla dentro de si.

Luego el vestido fue arrojado a la alfombra. La ausencia del sostén fue una provocación toda la noche. Luc se sentía casi obcecado por la idea de llegar pronto a casa y liberar los senos calientes, suaves, succionarlos hasta que ella soltase uno de aquellos gemidos roncos suyos, que lo enloquecían.

¿Será que Ana imaginaba como lo hacía perder el aliento, tan linda que era? ¿No sólo físicamente, sino en su corazón, su alma?

Ella era tan generosa... era parte de él. Y Luc quería probarle eso con las manos, con la lengua, exultado con el placer que le proporcionaba, con su respiración agitada. Quería proporcionarle todo el placer que sentía con ella.

Ana amaba el sabor de la piel de él, el aroma masculino, su expresión de placer cuando lo acariciaba con la boca en sus puntos más sensibles.

Hicieron el amor de una manera tan afectuosa que una fuerte emoción se apoderó de los dos. Fuerza y delicadeza. La sensualidad sutil y el deseo que quemaba. Juntos, mezclaban opuestos, diferencias, se transformaban en un sólo cuerpo, un sólo deseo. Era fascinante.

Aún después, satisfechos, las caricias suaves continuaban, el roce delicado de los labios, la languidez de la satisfacción completa, las demostraciones de cariño.

Al día siguiente, él partiría para Melbourne. Serían tres días, dos noches, sin Luc.

Ana sentiría demasiado su falta.

CAPÍTULO X

Ana despertó tarde, y percibió, desilusionada, que Luc ya había partido.

¿Por qué aquel dolor tan fuerte en el pecho? Serían sólo algunos días...

Tres días y dos noches, para ser más exacta.

Como siempre, se mantuvo muy ocupada toda la mañana. Apenas en el almuerzo, mientras comían sándwiches, allí mismo en la tienda, fue que consiguió conversar con Rebekah.

—Y la cena con Jace, ¿cómo fue? ¡Cuéntame!

Su hermana parecía titubeante.

—No fue como esperaba.

—¿Qué quieres decir?

—El restaurante era excelente, la comida, maravillosa... —suspiró. — Fue diferente.

—¿En qué?

—Conversamos.

Ana comenzaba a encontrarlo gracioso.

—¿No esperabas conversar con él?

—No. Quiero decir, claro, pero intercambiamos opiniones, puntos de vista...

—¿algún tema en particular ó solo generalidades?

—"Un día en la vida de una florista." Te reirías mucho. Fueron muchas bromas también.

—¿Y... nada?

—Sin provocaciones, flirteos ó intentos de seducción.

Jace parecía haber cambiado su estrategia, Ana entendió, e imaginó si él había conseguido pasar a través de la armadura que Rebekah se impusiera a si misma, desde que su corazón, que había tenido tanto amor para darle al hombre correcto, fue traicionado.

—¿Volverás a verlo?

—Creo que no.

Bueno, la respuesta parecía incluso nueva en comparación a su acostumbrado *"¡No!"*. De todos modos, parecía mejor terminar la conversación por allí. Rebekah parecía estar precisando conversar consigo misma antes de cualquier cosa.

El teléfono sonó, y Ana atendió de pronto, su voz afectuosa, simpática, profesional:

—Flores & Buqués, habla con Ana, buenas tardes.

—Quiero hacer un pedido, si ustedes garantizan la entrega hasta la tarde.

Sería apretado, pero posible, y Ana anotó todos los detalles,

dirección, número de tarjeta de crédito, estilo del buqué.

—¿Su nombre, por favor?

—Celine Moore.

Celine nunca encomendó flores antes, y Ana no percibió ó no quiso notar que era ella al teléfono. La cuestión era: ¿por qué en aquel momento?

—¿Algún problema?

—De ningún modo —Ana dijo, agradeciendo luego por el pedido y terminando la llamada. Mordiendo su labio inferior, resolvió tomar las providencias para la entrega. — Era Celine.

—¿Encargó flores?

—Si, para dentro de poco. ¿No te parece sospechoso?

—Sin duda alguna tiene una intensión maligna. —Rebekah verificó los detalles y fue a su mesa de trabajo. — Voy a preparar el buqué.

Ana también volvió al computador, y no reparó en la sonrisita de Rebekah, al cortar el celofán y las cintas para el arreglo. Sólo oyó cuando ella dijo:

—Piensas que venciste, ¿eh? Espérame...

—¿Hablando sola? —Ana resolvió provocarla.

—Creo que estoy cansada. Hablando de eso, dentro de poco tú te irás a sentar en un café y tomar té, con toda calma, leyendo una revista, ¿oíste? Precisas tomarte las cosas con calma, no lo olvides.

Cerca de las dos el ramillete de flores ya se había ido con el repartidor. Minutos después, la campanita de la puerta se hizo oír, y Rebekah maldijo, bajito.

Ana desvió la mirada de la pantalla de la computadora. ¡Como le gustaría no haberlo hecho! Celine estaba parada en el mostrador con un aire indignado.

—¿Algún problema, Celine?

—¿Y estaría aquí si no lo hubiese?

—Tal vez pudieras ser más específica.

La mujer pareció colocarse en puntas de pie y asumir su expresión más arrogante.

—Hice un pedido de flores esta mañana. Y aún no llegó a su destino. ¡Pagué un cargo extra para que tuviera prioridad de entrega!

Ana chequeó la lista del día.

—Wilson Place, número 7, apartamento 5.

—¡No, no! ¡Número 5, apartamento 7!

Atenta a la facilidad de invertir los números, Ana repitiera a Celine

todos los números que anotara, en el momento en que recibía la información. No era un sistema infalible, pero siempre fue muy cuidadosa.

—No creo que haya habido ninguna equivocación.

—¡Tú cometiste ese error y eres una mentirosa! Y ya cancelé el pago en mi tarjeta de crédito.

—Voy a hablar con la empresa de entregas y pedir que verifiquen la dirección.

Celine comenzó a tamborilear con sus uñas perfectas encima del mostrador.

—Haz eso, Ana. No saldré de aquí hasta que esta confusión que hiciste esté arreglada.

Ana habló con el repartidor por el celular y verificó que la entrega ya había sido realizada.

—El pedido fue entregado en la dirección que me pasaste por teléfono. Apartamento 5, número 7.

—Nunca más encargaré flores aquí —afirmó, en un tono de voz bien alto, intentando ser oída por dos clientes que acababan de entrar. — ¡Es la segunda vez esta semana que te equivocas!

Como actriz ella era lo máximo, Ana tenía que admitirlo. Los gestos melodramáticos, el tono histérico... Aplaudiría su performance.

—La elección es tuya, Celine.

Ana ya planeaba hacer una pequeña investigación camino a casa. Visitaría ambos apartamentos.

—¡Aún no llegamos al final! —Celine salió, majestosa, de la florería, seguida, para su triunfo, de los dos clientes, que recolocaron los buqués ya prontos que estaban viendo en el mostrador.

Rebekah suspiró.

—No se puede negar que es convincente.

—Con amigos como Celine, Luc no precisa enemigos. ¿Pero qué vamos a hacer respecto a ella?

—¡No tengo ninguna idea! —Ana casi berreó, de lo nerviosa que estaba.

Rebekah esbozó una sonrisita maliciosa.

—Vamos las dos a reconocer el lugar del crimen, después cenaremos e iremos al cine.

—¡Hecho!

Ya pasaban de las seis cuando consiguieron cerrar Flores & Buqués. Poco después, estacionaban en Wilson Place y entraban en el primero edificio.

Los habitantes del apartamento 7 habían recibido las flores y

estaban imaginando quien las habría enviado. Fueron al edificio de al lado y descubrieron que Celine Moore era la dueña del apartamento número 5.

—¡Bingo!

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —Rebekah preguntó, juguetona, al volver al auto.

—¿Ella lo hizo a propósito?

—Diría que hay una buena posibilidad de... un cien por ciento.

Ana puso las manos al volante y colocó la llave en el encendido.

—¿Y entonces? ¿Qué crees que debemos hacer?

—Una confrontación, claro.

—¿Tú ó yo?

Los ojos de Rebekah brillaron.

—Oh, permíteme hacer esto...

—Tienes que ser sutil.

—Como un elefante en una tienda de cristales. Nadie arma una escena como esa y sale ileso.

—Cierto. Ahora, debemos tomar un baño y cenar.

Petros quedó desconsolado.

—Preparé la cena, sra. Dimitriades.

—Ana —lo corrigió, como de costumbre. — Pero te avisé, en el desayuno, que era probable que cenásemos fuera.

—No llamó para confirmar.

—Lo siento mucho, Petros. Espero que no haya sido mucho trabajo.

—Pollo al mojo de damasco con arroz, legumbres con manteca y un suflé de lima.

El menú hacía que la pizza que planeaban comer pareciese la cosa más sin gracia del mundo.

Ana miró a su hermana y arqueó una ceja.

—¿Quieres salir ó cenamos aquí mismo? ¡Decide tú!

—¿Ya cenaste, Petros? —Rebekah preguntó, y el mayordomo balanceó la cabeza.

—Aún no. Pretendía servirlas primero.

—Si es así, puedes quedarte con nuestra parte. Vamos a Cross, a pedir una pizza.

Petros pareció escandalizado.

—¡¿A King's Cross?!

—Eso mismo.

—Tengo que decirle que no haga eso, sra. Dimitriades. Luc con certeza no aprobaría.

Ana arrugó la nariz.

—Luc no está aquí.
—Pero lo sabrá.
—Sólo si tú le cuentas.
—No es recomendable, de forma alguna.
—Somos dos, vamos sólo a comer una pizza y seguir al cine. ¿Qué puede pasar?
—Por lo menos, déjeme llevarlas.
—Prometemos no estacionar en la calzada, y las dos tenemos celular —Ana lo tranquilizó. — Confía en mí, a la primer señal de problemas, te llamaré en el acto.
—Hay tantos lugares para comer pizza. ¿Por qué el Cross?
—Porque tengo un amigo que trabaja allá, y él hace la mejor pizza que he probado en mi vida. —Rebekah sonrió, simpática.
Petros estaba muy contrariado, y Ana casi se apiadó de él.
—Estaremos bien. Te llamaré cuando lleguemos allá, y cuando estemos camino al cine.
—Gracias.
Rebekah esperó que entrasen en el automóvil para decir:
—Cualquiera diría que encontraste un padre adoptivo.
—Petros es muy fiel a Luc.
—Pero en exceso. —lanzó una mirada severa a su hermana.
—¿Qué es eso? ¿Protección, posesividad... ó sólo precaución?
—Luc lidia con transacciones comerciales que mueven mucho dinero.
—Y es muy protector en relación a su esposa embarazada.
—En relación a la responsable del heredero Dimitriades.
—Estás siendo irónica. ¿Por qué?
Llegaron a Rose Bay y tomaron la avenida rumbo a Double Bay.
—Culpa a las hormonas y el nerviosismo de los últimos contratiempos con Celine.
—¿Crees que fue para atraer la atención de Luc que ella hizo todo aquello?
—De algún modo, si.
—¡Luc está siendo disputado realmente!
—Gracias por informarme.
Rebekah rió, acelerando, después de haber parado en una señal.
—¿Estás preocupada?
Ana no respondió.
—¡Pero que maldición! ¡Estás realmente afligida! ¿Tu marido te dio razones para eso?
Ana titubeó unos instantes.
—En verdad, no.
—¿No confías en él?

¡Oh, Dios! ¿Será que confiaba? ¿Sin restricciones?

—No confío en Celine. —lo que no era toda la verdad.

—No respondiste mi pregunta, Ana.

Estaban casi llegando a Cross.

—Los dos tuvieron una relación.

—¿Y? —Rebekah hizo una pausa. — También me relacioné con un hombre, y nunca más quiero verlo cerca.

—Con ellos no fue así.

—¿Cómo lo sabes?

Rebekah tuvo que concentrar su atención en localizar un lugar para estacionar, tarea nada fácil en Cross. Ana apreció mucho aquella distracción.

A aquella hora, cerca de la puesta de sol, la calle principal tenía mucho movimiento. Una mezcla de personas de diversas culturas, desde las más formales hasta las casi bizarras, caminaban agitadas por las calzadas.

Había caballeros en trajes de famosos diseñadores, que llegaban a parecer demasiado elegantes para hombres de negocios. Y también tipos musculosos, con un estilo extravagante de vestir, piercings y tatuajes por todos lados.

En fin, aquel era el lugar ideal para observar gente.

La pizzería estaba situada allí mismo, en la calle principal, y por suerte, ni bien entraron, Ana y Rebekah consiguieron una mesa bien cerca a la ventana.

Los aromas que impregnaban el ambiente hacían agua la boca, y ellas acabaron por hacer un pedido que procuraba combinar la mayoría de ellos en la pizza.

Era interesante observar la escena que pasaba en la calle.

La diferencia entre los que allí fueron a distraerse y los que estaban trabajando. Frente a las puertas de vidrio polarizado, los carteles de neón, los pica pica brillantes, que invitaban a los transeúntes a los shows de strip-tease, propagandas de mujeres fáciles...

Cuando la noche cayese, llegarían las prostitutas, y el tráfico sería aún peor con los vehículos que pararían para buscar a la muchachas. Existían más celulares por cuadra, en las proximidades de Cross, de lo que en cualquier otro lugar de la ciudad.

Esa era la parte visible. Lo que no se veía bien era el submundo, las transversales en las cuales estaba el tráfico de drogas y otras actividades del círculo de la marginalidad.

Su pedido llegó, y, después del primer pedazo, Ana ya podía concordar que aquel era el mejor sabor de la faz de la tierra.

—¿Luc te dio motivos para desconfiar de él? —Rebekah tenía la tenacidad de un detective profesional.

Ana cerró los párpados, irritada, abriéndolos enseguida.

Se encogió de hombros en un gesto de indecisión.

—Luc viaja mucho. Nueva York, Londres, Paris, Atenas... Vive en cenas de negocios. ¿Cómo sabría yo si se estuviese encontrando con alguien?

Rebekah reflexionó sobre aquello.

—Tu marido tiene tanto cuidado contigo...

Ana comió un pedazo más de pizza.

—Si no fuese por su hijo, no sé.

—Querida, piensa bien en eso. Él esperó algunos días, dándote espacio para pensar, antes de ir a buscarte. Podría haber destruido la vida profesional de papá, pero no lo hizo. Luc te da todo el apoyo en relación a Celine. —Rebekah respiró hondo. — Ana, encara la realidad. ¡Ese hombre te adora!

Ella se inclinó y cubrió la mano de su hermana con la suya.

—Además, no es del tipo que se queda buscando por ahí.

—Es siempre más fácil pensar que sentir.

Rebekah se recostó de nuevo en el respaldo.

—Estoy segura de eso.

Ana se forzó en sonreír.

—Voy a devolverte este favor cuando nuestras posiciones se inviertan y tú estés muerta por Jace Dimitriades.

—Casi no puedo esperar.

Pasaban de las ocho cuando entraron al cine. Fue muy divertido. La película era de mucha acción con toques de un humor bastante inteligente. Después de la exhibición, entraron en el auto y fueron a casa, combinando para tomar un chocolate caliente ni bien llegaran.

Ana encontró un mensaje de Luc en el celular, que prefirió ignorar. Si él de verdad quisiera hablar con ella, llamaría de nuevo.

Y eso hizo, ni bien Ana se acostó.

—No me devolviste la llamada.

—¡Ah, buenas noches para ti también!

—No te desperté, ¿no?

Ana casi respondió con una bromita, pero prefirió no hacerla.

—No.

—Llamé más temprano, y Petros dijo que habías salido

—Estaba comiendo pizza en Cross, y después fui al cine.

Casi pudo sentir el peso del silencio del otro lado de la línea.

—Si es una broma, es de mal gusto.

—Rebekah tiene un amigo allá que hace una pizza divina.

—¡¿En Cross?!

A Ana comenzaba a gustarle aquello.

—Eso mismo.
—¿Puedo confiar que no irás allá de nuevo?
—Tal vez.
—Te estás divirtiendo con esto, ¿no?
Ana no aguantó y se le escapó una gustosa carcajada.
—¡Puedes apostarlo!
—Sólo recuerda que estaré en casa en un día y medio. ¿Tendrás tanto coraje entonces?
—Claro. Tú tampoco me amedrentas.
—Ten cuidado, pedhaki mou.
—Siempre. Buenas noches. —y Ana recolocó el teléfono en su lugar.

CAPÍTULO XI

—Peligro veinte metros adelante —Rebekah avisó.

Ana levantó la cabeza y vio a Celine.

"Allá vamos otra vez. La bruja de Rose Bay."

—Supongo que te crees muy inteligente.

—¿Más problemas, Celine?

Los ojos de la mujer centellaban de rabia.

—¿Qué derecho tienes de verificar tus clientes?

—Cualquier reclamo al respecto de nuestros servicios es siempre investigada. Tú acusaste a Flores & Buqués de haber cometido un error y bloqueaste el pago.

—¿Eso te autoriza a atormentar a las personas?

No había la menor duda de que la discusión sería bastante desagradable.

—¿Atormentar, Celine? Mi hermana y yo chequeamos los apartamentos personalmente. La muchacha del apartamento 5 confirmó que recibió un ramo en su dirección. Y confirmamos que el apartamento 7 en el número 5 te pertenece a ti.

—¡Pero que falta de bueno juicio! ¿Por qué enviaría flores a un apartamento que está vacío?

—Eso mismo, ¿por qué?

Celine parecía furiosa.

—¡¿Me estás acusando de estar loca?!

—Las palabras son tuyas, no mías.

Ana no previó lo que pasaría. Celine fue tan rápida que ella no pudo ni siquiera protegerse.

En un movimiento certero, Celine tiró un gran jarrón de porcelana, que estaba al lado del mostrador, en su dirección. Éste cayó contra el brazo de Ana, mojando sus piernas y haciéndose añicos al contacto con el piso de concreto, lanzando pedazos de vidrio para todos lados.

Lo que siguió también fue increíble. Celine la empujó con tanta fuerza que ella perdió el equilibrio, se resbaló en el piso mojado y cayó, como en cámara lenta.

—¡Cretina! —y Rebekah le dio tremenda bofetada a Celine.

Enseguida, ella se agachó para socorrer a Ana, pálida al ver que de verdad se había lastimado.

Ana levantó sus ojos confundidos, y entonces siguió en la dirección de la mirada de su hermana. Había vidrios por todas partes. La sangre manaba de su pie, su brazo y la mano, en los cuales ella intentara apoyarse, también sangraban.

—No te muevas, Ana. Quédate ahí quietita que voy a llamar una ambulancia.

La caída inesperada... ¿Será que podría afectar al bebé? No, de ningún modo. No fue tan fuerte.

—Una ambulancia, no. No es necesario. Son apenas algunos cortes. Consigue algunas toallas de papel, y yo misma me limpiaré. —la sorpresa inicial comenzaba a desvanecerse, y en su lugar llegó la indignación.

—Petros, entonces. —Rebekah ya estaba llamando, y segundos después conversaba rápido con alguien al teléfono. — Él ya está viniendo para acá. Bueno, vamos a ponerte en una silla, y después limpiaré toda esta confusión. Pero antes sacaré una foto para usar como prueba.

—Está jugando conmigo, ¿no?

—¡De ninguna manera!

Segundos después, Rebekah ya la había levantado y ayudado a sentarse. Dentro de los zapatos de Ana había pedacitos de vidrio, y en toda su ropa también.

—¿Estás bien?

—Fueron algunos arañones, si.

—Quédate aquí sentada mientras te limpio un poco.

Rebekah tomó algunas toallitas descartables y limpió la sangre de los pies de su hermana.

Poco después todo el vidrio había sido recogido en periódicos, y, con una aspiradora, Rebekah limpiaba los últimos vestigios.

Algunos pocos escobazos y todo volvió a la normalidad.

Petros no demoró en aparecer, y Ana estuvo segura que había roto todos límites de velocidad para llegar tan deprisa.

Él la miró con increíble dulzura.

—Voy a llevarla al hospital.

—A casa, Petros. Son apenas algunos arañones.

—Al hospital, Ana —reiteró, con firmeza.

Aquella fue, registró Ana divertida, la primera vez que él la llamó por su primer nombre. Más tarde Ana lo provocaría por aquello. Pero en aquel momento estaba contenta porque Petros tomara la iniciativa.

Sin que ella lo esperase, el mayordomo la tomó en brazos, ignorando sus protestas, y dijo a Rebekah, al caminar en dirección a la puerta:

—La llamaré ni bien un médico la examine.

El Mercedes estaba estacionado en doble fila, la puerta del pasajero, abierta. Con facilidad, Petros la colocó en el asiento.

—Petros, no sabía cuanto se preocupaba por mí. —los ojos de Ana se llenaron de lágrimas.

Estaba emocionada por el susto y grata por la rapidez del mayordomo. Tenía la certeza de haber visto un músculo en el mentón

de él temblar, antes que Petros cerrase la puerta, sin decir nada, y diera la vuelta al vehículo para ponerse tras la dirección.

El equipo del hospital fue muy eficiente. Y detallista también. Petros se quedó la mayor parte del tiempo al lado de Ana.

Salió apenas un momento, para reaparecer poco después.

Ana precisó de puntos en dos de los cortes. Fue examinada de arriba a abajo y le hicieron un ultrasonido. El obstetra hizo exámenes detallados, y por fin la dejaron en observación algunas horas.

Petros continuaba en guardia, apenas alejándose de su lado cuando la enfermera así lo solicitó.

—Usted está bien, querida —el médico aseguró. — El bebé está bien. Ninguna señal de que todo esto lo haya afectado.

—¿Puedo ir a casa?

—Mañana. —el doctor sonrió. — Vamos a mantenerla aquí esta noche, sólo por precaución.

¿Por qué tenía la sensación que aquello era una conspiración?

Tan pronto el obstetra salió, Ana llamó a la tienda y habló con Rebekah. Después, se recostó en las almohadas y se puso a pensar en la actitud de Celine, recordando el momento en que entró en la tienda.

¿Será que Celine quiso realmente dañarla? ¿Ó fue un simple acto impulsivo? Era difícil de adivinar.

Una enfermera le trajo un té y algunas revistas, y Ana poco después se adormeció.

Debía haber dormido bastante, pues, cuando abrió los ojos, se topó con Luc sentado en el sillón al lado de su cama.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él se levantó de un salto y fue hasta ella. La sonrisa en el rostro pálido era afectuosa, pero había algo más en sus ojos que Ana no podía definir.

—¿Estas son formas de saludar a tu marido? —inclinó la cabeza para besarle los labios, con suavidad al principio, después más profundamente, ansioso por sentir la respuesta de ella.

¿Será que Ana tenía idea de la angustia que vivió en las últimas horas? La llamada de Petros lo dejó trastornado. En pocos minutos, ya salía de la reunión en que se encontraba, tomaba prestado el auto de uno de sus colegas, y manejaba hacia el hotel. Después, mientras hacía sus preparativos para volver a Sydney, una rabia extrema se apoderó de él.

Después de llamar al obstetra de Ana y checar las informaciones del hospital, llamó a Celine. Su sangre hervía de ira al recordar el cinismo con que ella respondió a sus acusaciones, fingiéndose aturdida, sorprendida, y enseguida consternada, por lo que le pasara a Ana.

Cuando colgó el teléfono, Luc no tenía duda en cuanto a las intenciones de las acciones de aquella mujer enardecida. Ni de su rabia.

El vuelo de una hora le pareció una eternidad. Corrió del aeropuerto al hospital y casi llegó a la velocidad de la luz.

El médico ya lo había tranquilizado, pero Luc precisaba verla con sus propios ojos. Nadie osó interrumpirlo cuando pasó por la recepción, ó cuando subió las escaleras. La enfermera del primer piso abrió la boca para protestar, pero la cerró enseguida, constatando la determinación de él.

Luc ni siquiera llamó a la puerta del cuarto de Ana, como mandaba la buena educación. Sólo consiguió parar cuando la vio durmiendo tranquila, recostada en las almohadas.

Su cabeza pendía para un lado, y sus ojos estaban cerrados por el sueño.

Por un largo momento Luc se quedó apenas allí, apreciando sus facciones en reposo. Fue necesario imponerse una extrema fuerza de voluntad para no tomarla en sus brazos en aquel mismo instante.

Y lo habría hecho, si tuviese la certeza de que el movimiento no la lastimaría.

Al contrario, no obstante, se sentó en el sillón y esperó hasta entonces, cuando ella despertó.

—Hum... —Ana murmuró, cuando Luc interrumpió el beso. —¡Muy bueno!

Un calor calentó todo su cuerpo. Aquel perfume, una mezcla de musk y madera, que era sólo de Luc, la embriagaba.

—Tal vez debiera hospitalizarme más veces.

—No si yo puedo evitarlo.

Él estaba maravilloso, tan masculino, ¡tan parte de ella!

—El bebé está bien —ella le informó, queriendo reafirmar las palabras del obstetra.

Luc irguió una mano y rozó con sus dedos la mejilla de ella.

—¿Y tú, pedhaki mou? ¿Me quieres contar que pasó?

Ana lo encaró bien directo a los ojos.

—Ya acabó.

—Si.

—No tengo la menor duda que Petros te colocó a la par de todo lo que sabe.

—Es lógico. Tanto él como Rebekah. —su mano descendió, masajeándola en la nuca y en la base del cuello. — Prometo que Celine nunca más se aproximará a ti.

Debía ser apenas una reacción del momento, pero Ana sentía que algo profundo y lleno de significado estaba pasando allí, en aquel minuto. Pero no comprendía bien que era.

A Luc ella le importaba, no había la menor duda. Su voz se mostraba embargada de emoción. ¿Sería apenas pasión por alguien por quién él sentía un afecto especial?

—Es a ti a quien ella quiere, Luc. Y yo estoy molestando.

—La única persona que molesta es Celine.

La puerta se abrió, y una enfermera vino hasta Ana, a medirle la presión y la temperatura. Minutos después, la muchacha dejó el cuarto, afirmando que todo estaba en orden.

—¿Precisas algo?

¿Cómo debía Ana responder aquello? Levantó una mano y la bajó de nuevo, meneando la cabeza.

—Petros ya me trajo algunas cosas. —y al recordar abrió una sonrisa contenta. — ¡Y me llamó Ana por primera vez!

—¡Gran conquista! —Luc continuaba masajeando su hombro. —¿Te duele algo?

No el cuerpo. Pero Ana continuaba afectada con lo que su rival hizo. No se preocupaba por si misma, sino que aquel fue un ataque contra su bebé, que ni había nacido aún.

Cerró los ojos, como si pudiese también borrar de su memoria el gesto de aquella mujer, motivada apenas por la envidia.

—Ve a casa, Luc. Debes estar cansado.

—Ni lo pienses. —él alcanzó el sillón, dejándose caer en él.

Ana cerró los párpados y, cuando volvió a erguirlos, su marido aún estaba allí.

Las enfermeras fueron y vinieron durante toda la tarde, y la llegada de la cena para dos personas hizo que Ana reclamase de nuevo:

—No hay necesidad de que te quedes aquí.

—Déjame.

—No oí tu celular sonando ni una vez.

—Está apagado.

Cuando terminó el horario de visitas, Luc fue obligado a dejarla. Sin que Ana supiese, entre tanto, un guardaespaldas fue contratado para quedarse en su puerta, y la enfermería fue colocada en estado de alerta con la información de que Ana aún corría riesgos.

Era una exageración, sin duda, pero él mismo no quería correr riesgo alguno. Nadie se metía con Luc Dimitriades ó con uno de los suyos sin pagar el precio.

En el camino de vuelta, pudo pensar mucho, y luego que llegó a la mansión, comenzó a actuar.

Reorganizó sus obligaciones más urgentes en relación al trabajo, dio instrucciones a Petros, arregló su maleta.

No había necesidad de más palabras. La influencia de Luc era conocida por todos. Como enemigo era mortal.

CAPÍTULO XII

El nuevo día trajo consigo una sensación de vida nueva, de nuevos inicios.

Ana se levantó temprano, tomó un baño y se sintió pronta para correr y saltar. Pero estaba la rutina del hospital, que era obligada a seguir.

El obstetra vino a verla, ella comió un saludable desayuno y conversó con las enfermeras. Tenía que esperar hasta las nueve, cuando Luc llegaría para llevarla a casa.

Petros estaba en el garaje cuando el Mercedes pasó por el portón, y abrió sin demora la puerta de pasajeros, mientras Luc daba la vuelta al vehículo.

—Es bueno verla en casa, sra...

—Ana. Si osas llamarme por otro nombre, no sé lo que haré contigo.

—Muy bien.

Ella continuó mirándolo, esperando la respuesta.

—Sólo Ana —reafirmó, gentil.

—Perdiste tu armadura, Petros. —Luc lo precedía puertas adentros.

El mayordomo escondió una sonrisa desanimada.

—Entonces deberé reencontrarla.

—¿Está todo en orden por aquí?

Petros inclinó la cabeza.

—Sólo falta que Ana verifique qué más quiere en la maleta.

Ella paró en medio de la escalinata.

—¿Maleta?

Luc la enlazó por la cintura y la condujo para arriba.

—Vamos a pasar algunos días en la casa de la playa.

—¿Pero puedes dejar la oficina?

—El mundo no se parará si no aparezco algunos días.

No, no lo haría. Pero Luc hasta entonces nunca percibiera eso.

Entraron en la espaciosa suite, y Ana se sintió feliz por apreciar la familiaridad del ambiente. Las dos maletas estaban recostadas en la cama. Una cerrada, la otra vacía. El laptop de Luc se encontraba en el piso.

Luc la giró en sus brazos e inclinó la cabeza al encuentro de la de Ana, besándola. Ana quedó excitada, pero él interrumpió las caricias.

—Arregla tus cosas, pedhaki mou. Sino no iremos a ningún lugar tan temprano.

Luc estaba en lo cierto, y Ana sabía que tenían mucho tiempo por delante. Así, escapó de sus brazos y se encargó del equipaje.

En menos de una hora, llegaban a la casa de la playa, en verdad un

magnífico solar, construido a apenas algunos metros de la arena.

Las paredes externas eran hechas de vidrio templado, y las palmeras y los arbustos garantizaban la privacidad de la propiedad al mismo tiempo que decoraban la vista maravillosa y tranquila del océano.

Petros estuvo allí poco antes, y dejó provisiones en la heladera, leche fresca, jugo pronto y todo el lugar limpísimo.

—¿Qué te parece de caminar por la playa?

Ana se volvió hacia él y le tomó la mano, para, juntos, salir a recorrer el camino entre las palmeras, siguiendo hacia la arena blanca, que se encontraba con el agua salada.

El día era espléndido. Caliente, el sol brillando, poquísimas nubes en el cielo. Encontraron la playa vacía y, para Ana, parecía que sólo estaban ellos dos en el planeta.

Siguieron lentamente la línea de las aguas hasta las grandes piedras, que marcaban su final.

Había muchas preguntas que Ana quería hacer, pero titubeaba en comenzar, recelosa de quebrar el encantamiento que vivían.

Pasara tanto en aquellos últimos meses, tantos malos entendidos, tantas falsas impresiones, ¡mentiras y acusaciones!

Una persona no podía volver atrás, deshacer lo que dijo ó hizo. Existía apenas una dirección, y era para adelante. Aunque algunas actitudes del pasado pudiesen afectar el futuro si no eran confrontadas y resueltas. Sólo entonces surgiría la posibilidad de seguir avanzando.

Una de esas cosas, en el pasado inmediato, era Celine.

Tal vez pudiese comenzar por allí.

—¿Celine significó mucho para ti?

Nada como pegar al toro por los cuernos.

Luc paró de caminar y se volvió hacia ella. Su mirar era sombrío. Era casi palpable la rabia que aparecía por detrás de su autocontrol.

—No. Tuvimos una relación breve, años atrás. Celine quería casarse, yo no. Dejé eso claro, y ella se casó con otra persona.

—Pero continuaron viéndose —Ana insistió, sintiendo que él ponía rígida la musculatura del mentón.

—Vivimos en la misma ciudad, frecuentamos un mismo círculo social. —la expresión de él asumió un deje de cinismo. —Éramos, hasta entonces, ciudadanos civilizados.

—Hasta el divorcio.

Luc deslizó los dedos por los brazos de ella hasta llegar a los hombros.

—Hasta después incluso que ella se divorció. ¿Por qué iba a querer tener alguna relación con Celine si ya te tenía a ti?

Algo que venía de dentro de Ana amenazaba con explotar... ¿Será que se atrevería a tener esperanzas?

—Celine hizo una campaña implacable, Luc.

—Y yo metí una acción legal contra ella. —Luc envolvió su rostro con las manos. — Aquella loca pagará, y muy caro, todo lo que hizo. Si aún le resta algo de sentido común, se mudará de ciudad. Tal vez, de país.

Como enemigo, él era implacable.

—Entiendo.

—¿De verdad entiendes, Ana?

—Emma...

Luc colocó un dedo sobre los labios de ella, callándola.

—Emma fue el amor de mi juventud. Sufrí mucho con su pérdida. No sólo por mi causa, sino por la indignación por haber tenido tan poco tiempo sobre la Tierra. —su boca se curvó en una sonrisa afectuosa. — Emma era alegre, vivaz, mi mejor amiga. Pero nunca podría ser tú.

Ana sintió que sus huesos se derretirían, y que sus ojos comenzaban a arder de tanta emoción.

—Tú, además de robar mi corazón, capturaste mi alma.

Por poco Ana no se desmayó. ¿Estaría él diciendo que la amaba?

—Luc...

Él no la dejó terminar:

—Tú eres mi vida. Mi amor. Todo para mí.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas, y Ana tuvo que pestañear rápido para detenerlas. Pero, una de ellas escapó y corrió por su mejilla.

Luc siguió su trillo con el pulgar y sonrió.

—¿Cómo podía no saberlo, mi ángel? Cada momento que te tuve en mis brazos, todas las veces en que hicimos el amor... ¿No sentiste el latido de mi corazón, mi roce?

Ana no conseguiría contener el llanto.

—Tú nunca me dijiste nada de eso.

—Tendré que enseñarte griego.

—Creía...

—...¿que yo me había casado contigo por la conveniencia de tener una mujer en mi cama, una anfitriona para las ocasiones sociales? Si fuese eso todo lo que deseaba, ya me habría casado años antes.

Ana llegó a abrir la boca, para enseguida volver a cerrarla.

—Yo te amo, Ana. Te amo. Sin ti, no querría vivir.

Ella ya no era capaz de decir una sílaba siquiera. Hasta aquel segundo, sintiera que apenas el afecto era la base de su matrimonio. La sorpresa era demasiado buena.

—Celine tuvo mucho éxito en destilar sus venenos —Luc

prosiguió. — Peor: tú preferiste creerle, y nada de lo que yo decía parecía convencerte de lo contrario. Ahora puedo entender porqué.

¿Un éxito diabólico? Si, tal vez hubiese sido. Celine sabía muy bien cuales botones apretar y en que orden, utilizando la inseguridad de Ana en relación a los sentimientos de Luc.

—Cuando embarcaste para Golden Coast, creí que algunos días te ayudarían a reflexionar y fortalecerte. Pero, al contrario, sólo te hizo dudar más aún de mí, ¿no? —Luc la acariciaba sin cesar. — ¿Tienes alguna idea de cuanto me aterró la idea de perderte?

Los labios de ella llegaron a abrirse, pero lo que quiera que Ana fuera a decir permaneció preso en su garganta.

—¿Ó como me sentí cuando descubrí que estabas esperando a nuestro hijo?

—Me amenazaste.

—Era la única arma que tenía.

—Querías la criatura...

—Te quería a ti. —Luc la trajo para más cerca y le tomó el mentón. — Pedhaki mou, ¡nuestro hijo es tan importante! Es un regalo tan increíble porque es fruto de nuestro amor. Pero no te confundas. Tú eres mi razón de vivir. Mi corazón. Mi alma.

Ana lo alcanzó y empujó su rostro al encuentro de ella.

—Yo te amo, Luc. Siempre te amé y siempre te amaré. Por el resto de mis días. —y entonces, lo besó, con toda la entrega que salía de su ser, con toda la pasión que los consumía. — ¿Estás seguro que quieres caminar por la playa?

La sonrisa traviesa se reflejaba en los ojos de él, que prefirió continuar la bromita:

—¿Tienes alguna idea mejor?

Ana comenzó a contar con los dedos.

—Podemos andar y conversar un poco más. Ó sentarnos en la arena y admirar el océano, reflexionando sobre la espiritualidad del ser. Ó comenzar una discusión sobre cuanto tiempo más voy a trabajar.

—Sabes como me siento respecto a tu trabajo.

—Por favor... —ella tomó los dedos de él y los llevó a su boca, besándolos. — Por las mañanas.

—Tres mañanas por semana.

—Cuatro —Ana negoció.

—Por dos meses más.

—Tres.

—Ah, ¡¿qué voy a hacer contigo, mujer?!

—¿Que tal amarme? Tú haces eso muy bien.

—¿Que esperanzas tendré si tenemos una rubiecita de ojos verdes.., tu imagen en miniatura? —gimió, pegando la boca en la de ella.

—Ella te tendrá en un puño en el primer pestañeo. —Ana sonrió, encantada. — Y tú serás su devoto esclavo de por vida.

—No tengo la menor duda.

El pensamiento de sostener a su hijo en brazos por primera vez hizo que el corazón de él latiera más deprisa.

—Claro que podemos tener un muchachito...

Un bebé de cabellos negros que crecería alto y fuerte como el padre. Ana adoró esa imagen.

—¿Será que ya conversamos bastante? —Luc la provocó, pasando el brazo alrededor de sus hombros.

—Podríamos volver a casa, ¿no?

—Creo que es una opción.

—Pero aún no es la hora del almuerzo... —Ana fingió considerarlo.

Para Luc, era un inmenso placer verla bromeando, relajada.

—Pero, ¿tienes la hora correcta en mente?

—Bueno, viendo que estoy medio incapacitada... —Ana señaló sus vendas. — ...parece que tendrás que hacer la mayor parte del trabajo. Tal vez quieras descansar un poco, primero.

—¡Atrevida!

—Es obvio que los preliminares no precisarán ser tan... energéticos.

Él soltó una carcajada profunda y ronca.

—Veremos quien quedará sin energía primero. ¿Qué tal? —Luc la levantó en brazos.

—¡Colócame en el piso! —su carcajada hizo eco por el aire. — ¿Y si alguien está mirando? ¡¿Qué va a pensar?!

—Que somos dos personas enamoradas.

Y estarían en lo correcto.

—Entonces está todo bien. —Ana le besó la frente. — Pero, aún así, ponme de pie. Quiero que conserves toda tu energía.

Aquella sonrisa calentaba el alma de Luc, que la colocó, con todo cuidado, en el piso.

—A casa, mi amor. Preciso abrazarte, tocarte, hacer el amor contigo.

—¡Hecho!

Aquel fue, Ana reflexionó más tarde, cuando el sol ya se ponía en el horizonte, el día más perfecto de su existencia.

Luc estaba detrás de ella, enlazándola por la espalda. Ana, recostada en él, era acariciada por los labios que tocaban la piel sensible de su cuello.

—¡Maravillosa!

Luc no se refería a la vista que tenían detrás de la pared de vidrio, sino a la mujer que sostenía tan cerca de su pecho.

Su mujer, el amor de su vida.

FIN